EL TEATRO
MODERNO

50 CTS

FRANCISCO VILLAESPESA

ABEN-HUMEYA

Sago
XXX

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/abenhumeyatraged00vill

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Francisco Villaespesa

ABEN-HUMEYA

TRAGEDIA MORISCA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VI 26 - VII - 1930 NÚM. 257

PERSONAJES

Zahara, doña Isabel de Mercado, Damar, Zoraida, la Huérfana, la Hermana, la Viuda, la Demente, Morisca 1.ª, Morisca 2.ª, Aben-Humeya, Ben-Alguacil, don Alvaro de Flores, don Lope de Atienza, don Diego del Río, Aben-Abóo, Huezín, Peláez, Vilches, el Habaquí, el Cañarí, el Parfal, Almendari, Pregonero, Soldado 1.º, Soldado 2.º, Morisco 1.º, Morisco 2.º, cautivas, moriscas, soldados, moriscos y turcos.

La acción pasa en Granada y en las Alpujarras, en 1660-1679.

ACTO PRIMERO

Una plaza en la cima del Albaicín, desde donde se divisan, glorificados por el oro y la púrpura de la tarde, las magnificencias de la ciudad y las maravillas de la Alhambra. Entre la verde primavera de los jardines se destacan trágicamente los bermejos torreones del alcázar real y las severas fortificaciones que lo defienden, custodiando con un cinturón de murallas los fabulosos tesoros del más glorioso ensueño nazarita. A la izquierda, un aljibe de doble arco, empotrado en el muro de un viejo torreón practicable, al cual se asciende por una pequeña escalinata de piedra. En primer término, la fachada blanca de cal y relucientes azulejos de una rica vivienda morisca. Puerta estrecha. Ajimeces de mármol, con espesas celosías de colores. A la derecha, otras casas, y en primer término, una callejuela. En el centro de la escena, una hoguera encendida. Empieza a declinar la tarde.

ESCENA I

Zahara, Damar, Almendari, moriscos y *moriscas.*

(Los moriscos, sentados a las puertas de sus casas, en la escalinata del aljibe y en el balaustre del fondo de la plaza, silenciosos e inmóviles, con la cabeza entre las manos, profundamente abatidos. Las moriscas forman un semicírculo en torno de la hoguera, agitando sus almaizales.)

ZAHA. *(Con el almaizal en las manos.)*
¡ Blancos almaizales,
celajes de gasa,
donde como estrellas
en nubes de plata,
de las granadinas
los ojos brillaban ;
puesto que ya nunca
velaréis sus gracias
—así el rey Felipe
en su edicto manda—,

678187

sed humo y ceniza
dentro de estas llamas!
(Arroja los velos al fuego.)

DAMA. *(Volviéndose a los hombres.)*
¡Granadinos, como hembras,
dejad correr vuestras lágrimas,
puesto que hombres no sois
para salvar a Granada!
(Los hombres se retuercen de ira. Otros sollozan. Algunas doncellas acompañan la lamentación, tañendo adufes y dulzainas.)

ZAHA. *(Desprendiéndose de sus ricos collares.)*
¡Frágiles collares
de coral y ámbar,
topacios, zafiros,
perlas y esmeraldas,
con broches de oro
y engarces de plata,
que sobre los senos
relampagueaban;
puesto que ya nunca
—así el rey lo manda—
podréis enroscaros
a nuestras gargantas,
rompeos en lluvia
de fúlgidas lágrimas!
(Los arroja a la hoguera, rompiéndolos violentamente.)

DAMA. *(A los hombres.)*
¿No os da vergüenza quejaros
como míseras esclavas
teniendo las manos libres
para manejar las armas?
(Los hombres continúan sollozando.)

ZAHA. *(Sacando un Koram del seno.)*
¡Libro que al Profeta
un ángel dictara,
a compás del trueno,
sobre una montaña;
como no podemos
recitar tus máximas
—así el rey Felipe

en su edicto manda—
dentro de esta hoguera
quememos tus páginas
porque no las manchen
las manos profanas!
(Desgarra el Koram y arroja los pedazos a las llamas. Los hombres se cubren el rostro. Algunos se muerden los puños de coraje.)

ALMEN. ¡Oh, libro santo, contigo
se quema también mi alma!

MOR. I. ¡Las llamas que te consumen
a mi corazón abrasan!

ALMEN. ¡Es un trozo de mi carne
cada hoja que te arrancan!

DAMA. *(A los hombres.)*
¡Si defender no podéis
nuestra ley con vuestra espada,
arrancaos esas lenguas
de raíz, como cizaña,
antes que el aire envilezcan
con lamentaciones vanas!

MOR.ª I. ¿Para qué queréis la lengua,
si han prohibido nuestra habla?

ZAHA. *(Aproximándose de nuevo a la hoguera.)*
¡Danza de otros días,
armoniosa danza
de nuestras leleilas
y de nuestras zambras,
en la que, a las luces
de las almanaras,
sobre la alcatifa
de flores bordada
sueños de amor tejen
las ágiles plantas,
mientras nuestros cuerpos
se encurvan y enlazan,
como los rosales
cuando el viento pasa!...
¡Ya nunca en tus giros
flotarán al aura
negras cabelleras
sobre espaldas blancas!...

Porque nos prohibe
nuestro rey danzarla,
¡sollozad, adufes,
y plañid, dulzainas!...
¡Bailemos, doncellas,
hijas de Granada,
en torno del fuego
la última danza!
(Algunas doncellas bailan, agitando sus velos al son de adufes y dulzainas.)

MORIS. *(Sollozando.)* ¡Ay de nosotros!...
¡Ay de Granada!

ESCENA II

Dichos y el *Cañarí*, que desciende del torreón.

CAÑA. *(A los moriscos.)* ¡Aquí los hombres llorando,
mientras las mujeres danzan!...
¿No oís el pregón, que pregona
al viento nuestra desgracia?
(Algunos hombres se le acercan, las mujeres cesan de danzar y le rodean. Se escucha un redoble lejano de tambores.)

ALMEN. ¿Qué nueva infausta nos traes?

MOR. I. ¿Qué rigor nos amenaza?

ZAHA. ¿Qué nueva tormenta, padre,
tu adusto ceño presagia?

CAÑA. Un escuadrón de soldados
ha subido de la Alhambra
a darle fuerza al edicto
que el rey Felipe ordenara.
En vano ha pedido treguas
para cumplir la pragmática,
nuestro protector, el noble
don Alonso de Granada,
descendiente de los reyes
que estos reinos gobernaran...
¡La Audiencia le ha desoído!
(Los moriscos sollozan. Las mujeres se indignan.)

ZAHA. *(A los hombres.)* ¡De vosotros es la infamia,
porque lloráis como hembras
en vez de empuñar las armas!
ALMEN. ¿Qué pueden hacer los brazos,
si no tenemos espadas?
ZAHA. El enemigo las tiene...
Cobardes, id a tomarlas,
y haced que cumpla el cristiano
las condiciones pactadas,
bajo las cuales rindieron
nuestros padres a Granada!
ALMEN. ¡Dios, por nuestras propias culpas,
este castigo nos manda!...
¡Doblemos la frente ante
su voluntad soberana!
MOR. I. Sin cabeza que nos guíe,
sin recursos y sin armas,
¿cómo vamos a oponernos
a las banderas de España?
CAÑA. ¡Si no estuviese la sangre
en vuestra venas helada,
romperíamos los hierros
con que el cristiano nos ata!...
¡Sólo nuestro grito esperan
para asaltar a Granada,
más de treinta mil moriscos
armados, en la Alpujarra!
(Resuenan atambores cercanos. Los soldados aparecen en la explanada del torreón.)
ALMEN. *(Temeroso.)* ¡Silencio!, el pregón se acerca.
MOR. I. *(Huyendo por la callejuela.)*
¡Huyamos a nuestras casas!
(Algunos moriscos le siguen; otros permanecen inmóviles sentados en los tramos de la escalinata y en el balaustre de la plaza. Las mujeres se agrupan en torno de la hoguera. Sólo el Cañari permanece de pie en el centro.)

ESCENA III

Dichos, el capitán don Alvaro de Flores, pregonero, soldados y ministriles.

(Silencio de espectación, redobles de atambores.)

PREGO. *(Desde el torreón.)*
¡Vecinos de estos barrios: en el nombre del rey
nuestro señor Felipe II, que Dios guarde,
a todos los moriscos que habiten en sus reinos,
bajo pena de muerte, les prohibe que hablen
su ruda algarabía, que celebren sus ritos,
que se envuelvan en velos y que vistan sus trajes,
que usen baños y afeites, que den zambras y [fiestas,
y que a la antigua usanza de su nación se casen!
(El capitán y los soldados descienden.)

D. ALV. Ya el pregón habéis oído...
¡Los que infrinjan la ordenanza,
serán, sin más expedientes,
quemados en una plaza!
(Viendo a los moriscos inmóviles.)
¿Pero qué os pasa? ¿Qué hacéis
inmóviles como estatuas,
sentados en los umbrales?
(Les da con el pie para que se levanten. Los soldados le imitan.)
¡Levantaos, vil canalla,
e inclinaos ante el nombre
del rey Felipe de España!
(Todos se levantan y se inclinan menos el Cañarí, que permanece erguido.)
Gritad: ¡Viva el Rey Felipe!

MORIS. *(Menos el Cañarí.)*
¡Viva! ¡Viva!

D. ALV. *(Reparando en la actitud de Cañarí.)*
¿Por qué callas,
tú, miserable... ¿Eres mudo?...
¡A ver si a los golpes hablas!
(Le cruza el rostro con la vaina del acero. El Ca-

ñarí retrocede de un salto. Se palpa los vestidos como buscando un arma. Las mujeres gritan.)

CAÑA. *(Haciendo un esfuerzo terrible para contenerse.)*
También di el viva... ¡ Tened
más respetos a estas canas !...
¡ Si yo fuese como vos,
la mano que me tocara,
para echársela a los perros,
de un golpe la cercenara !
(Don Alvaro lo golpea nuevamente. Los soldados lo sujetan. Las mujeres gritan. Sólo los moriscos permanecen silenciosos.)

SOL. I. ¡ Echadle una soga al cuello
y entrémosle así en Granada !
(Los soldados atan al Cañarí, golpeándole.)

ZAHA. *(Saltando como una fiera delante del capitán.)*
¡ Capitán, ese es mi padre !...
¡ Oh, si yo tuviese armas,
contra vos y contra todos
juntos tomara venganza !
¡ Soltad al preso al momento,
si no queréis que a pedradas,
igual que a perros rabiosos,
os echemos de esta plaza !

D. ALV. *(Mirando a Zahara.)* Una morisca más bella
jamás vi...
(Aproximándose con exagerada galantería.)
La faz levanta,
¡ que quiero admirar las glorias
que Dios ha puesto en tu cara !
(La intenta sujetar por un brazo.)

ZAHA. ¡ Déjame !

D. ALV. ¡ Vamos, morisca,
acércate !

ZAHA. ¡ Me acercara,
si algo, si un arma tuviera
que clavarte en las entrañas !
(Retrocede y se ampara entre las moriscas.)

MORIS.ª *(Agresivamente.)* ¡ Soltad al preso ! ¡ Soltadle !

ALMEN. *(Interponiéndose.)*
¡ No aumentad nuestra desgracia !

¡Cayad... y del cielo cúmplase
la voluntad soberana!

D. ALV. *(A Zahara.)* ¡Tú así lo quieres, pues sea!
¡Soldados: id y apresadla,
y a la hija y al padre juntos
bajaremos a Granada!
(Los soldados se disponen a cumplir las órdenes Las mujeres se les interponen.)

DAMA. *(A los soldados.)* Venid por ella, si sois
capaces de tal hazaña.

ZAHA. *(Desafiante.)* ¡Aunque estos hombres cobardes,
(Señalando a los moriscos.)
en vez de ampararnos callan,
viendo cómo ante sus ojos
a sus mujeres maltratan *(a los soldados),*
arremeted con nosotras,
pues es justo que combatan
contra indefensas mujeres
los que a los viejos ultrajan!

D. ALV. Basta de contemplaciones.
¡Soldados, a ellos!
(Al ir a acometer los soldados aparecen por el torreón Diego Alguacil y un grupo de moriscos armados.)

ESCENA IV

Dichos. Diego Alguacil y *moriscos.*

ALGUA. *(Interponiéndose.)* ¿Qué pasa?

ZAHA. *(Gritando.)* ¡Quieren llevarse a mi padre!...

DAMA. ¡Y a ella quieren apresarla!

ALGUA. *(A los moriscos.)* ¿Y vosotros consentís
que se cumpla tal infamia?
Moriscos, llegó la hora
de empezar nuestra venganza...
¡A morir por nuestra ley
o a triunfar por nuestra causa!
(Se dispone a acometer con un grupo de moriscos. Las mujeres se arman de piedras.)

D. ALV. ¡Soldados, a arcabuzazos,
disolved esa canalla!
(Los soldados preparan las mechas, mientras otros, espada en mano, se disponen a acometer.)

ESCENA V

Dichos, don Fernando de Válor, que entra por la callejuela y se impone entre ambos bandos.

D. FER. *(Desembolsándose.)* ¡Paso franco a un caballero veinticuatro de Granada!
(Al reconocerle, el capitán y los soldados se descubren. Los moriscos corren hacia él.)
D. ALV. *(Saludándole.)* ¡Señor don Fernando Válor!
D. FER. Decid, capitán, ¿qué pasa?
DAMA. *(Interrumpiéndole.)* ¡Señor, que nos atropellan!...
D. FER. ¡Que hable el capitán! ¡Tú, calla!
D. ALV. *(Señalando al Cañarí.)*
¡Porque prendimos a este
anciano, que se negaba
a vitorear el nombre
del rey Felipe de España *(Todos se descubren.)*,
ya lo veis, señor, está
esta chusma alborotada,
y entrarla a razón pensamos
con la fuerza de las armas!
ZAHA. *(Acercándose resuelta a don Fernando.)*
El ha ultrajado a mi padre
sin motivos, y su cara
cruzó, cual la de un esclavo,
con la cinta de su espada.
¡Y este ultraje no tolera
las personas de mi raza,
pues cuando para vengarse
hombres de valor les faltan,
saben vengarse a sí mismas
las mujeres de Granada!
DAMA. ¡Nos ultrajó, don Fernando!
ALGUA. ¡Nuestra paciencia se cansa,
pues comienza un nuevo ultraje
cuando otro ultraje se acaba!

D. FER. *(Imperiosamente.)* ¡Callad! Disolveros presto...
Cada cual torne a su casa.
ALGUA. Bien sabe Dios que lo hacemos
porque tú, señor, lo mandas...
DAMA. Sólo por ti nos marchamos,
que si no...
D. FER. ¡Moriscos, basta!
(Al capitán.) Capitán, soltad al preso...
Yo le sirvo de fianza.
(Los moriscos se entran en sus casas o se van por las callejas, menos Zahara y Alguacil.)
D. ALV. ¡Sólo por vos le doy suelta!
(Los soldados sueltan al Cañarí, que se arroja a los pies de don Fernando.)
CAÑA. ¡Señor don Fernando, gracias!
D. ALV. *(A los soldados.)* ¡Y nosotros, a seguir
pregonando la pragmática!
(Saluda a don Fernando y se va, seguido de los soldados, por la calleja.)
¡Vive Dios, que de estas gentes
luego tomaré venganza!

ESCENA VI

Don Fernando de Válor, Zahara, Alguacil y el Cañarí.

CAÑA. ¡Mi vida, señor, es tuya!
(Arrodillándose a los pies de don Fernando.)
ZAHA. ¡A tus pies está tu esclava!
¡Bien se conoce que corre
por tus venas la preclara
sangre de aquellos califas
que fueron gloria de España!...
ALGUA. ¡Contra el cristiano, a la gente
de tu antiguo reino ampara!
D. FER. *(Haciéndoles levantar del suelo.)*
No vengo a daros amparo,
sino a pedirlo...
CAÑA. ¿Qué pasa?
ALGUA. ¡Nuestra sangre, gota a gota
verteremos por tu causa!

ZAHA. ¡Por ti gustosos muriéramos
como esclavos!...
CAÑA. ¡Señor, habla!
D. FER. Ya sabéis todos que soy
veinticuatro de Granada,
y que tengo, por Real Cédula,
a mis padres otorgada,
derecho a entrar donde quiera
armado de todas armas.
Esta tarde fuí a Cabildo
a la sesión, y llevaba
la daga prendida al cinto
y en el tahalí la espada.
Como es costumbre que nadie
armado a Cabildo vaya,
dejé el acero a la puerta...
mas se me olvidó la daga.
Pero el alguacil mayor,
el señor don Pedro Daza,
apenas me vió, me dijo,
con descompuestas palabras:
—Ya sabe vuesa merced
que es costumbre, respetada
por todos, en este sitio
penetrar siempre sin armas...
Conque, señor don Fernando,
dejad que os quite la daga.
—¡Eso no reza conmigo—
le dije, rojo de rabia
—que tengo derecho a entrar
armado donde me plazca,
pues procedo de la sangre
de los reyes de Granada!
—¡Sangre morisca, y, cual tal,
miserable, ruin, y baja!—
¡Así repuso don Pedro!...
¡Mas no acabó la palabra
sin que la afrenta mi mano
en su rostro no vengara!
—Prendedle—gritaron todos
a los soldados de guardia.

Mas yo, a través de la chusma,
me abrí paso con la daga...
Y aquí me tenéis, buscando
un amparo en mi desgracia,
mientras mis quejas elevo
a don Felipe de España...
¡Preciso es que, disfrazado,
salga hoy mismo de Granada!

CAÑA. *(Insinuante.)* ¡Don Fernando, si quisiérais,
qué bien dejárais vengada
nuestra afrenta! ¡Nuestra gente
a alzarse está preparada!

ALGUA. ¡Más de treinta mil moriscos
te esperan en la Alpujarra!

CAÑA. ¡Para triunfar del cristiano,
sólo una ayuda nos falta!

ZAHA. ¡Coloca sobre tus sienes
la corona de Granada!

CAÑA. Lo primero es que te salves...
Después, señor... En mi casa
entra, y en ella hablaremos
en tanto que te disfrazas.
(A Alguacil y Zahara.) Vosotros aquí quedaros,
vigilando en esta plaza;
no vaya a ser que la ronda
venga a prenderle, avisada
por las gentes de don Alvaro
del lugar donde se halla.

D. FER. ¡Que el Señor os premie el celo
con que amparáis mi desgracia!

ZAHA. ¿Quién, teniendo sangre mora,
no ha de morir por tu causa,
si siempre has sido el escudo
de las gentes de tu raza?
(Entranse don Fernando y Cañarí en la casa. Zahara y alguacil permanecen en escena. Empieza el crepúsculo.)

ESCENA VII

Zahara y *Diego Alguacil.*

ALGUA. ¡Por fin, Zahara, que a solas
contigo un instante quedo!
ZAHA. ¡Para platicar de amores
no es oportuno el momento,
que entre el amor y la patria,
la patria siempre es primero!
ALGUA. No vengo a hablarte amores,
sino a decir que no puedo
sufrir ya más los ultrajes
y afrentas que padecemos,
y que me voy esta noche
a la sierra con los nuestros.
ZAHA. ¡Ese es tu deber; ve y cúmplelo,
que yo aquí tu suerte espero,
para si tornas triunfante,
premiar, Alguacil, tu esfuerzo,
o para vengar tu muerte,
si cayeses defendiendo
con las armas en la mano
la libertad de tu pueblo!
ALGUA. Sólo por estar ausente
de tu amor marcharme siento...
¡Estando lejos de ti
me voy a morir de celos!
ZAHA. ¿Celos de mí? Mas, ¿por qué?
ALGUA. ¡Porque es tu rostro tan bello,
que el que lo mira no puede
borrarlo de sus recuerdos;
porque embalsaman tus labios
a las brisas con su aliento,
y el que respira sus rosas
no puede vivir sin ellos!
¡Celos de todo! Del aire,
porque agita tus cabellos;
del sol, porque en tus mejillas
deja sus besos de fuego;

de lo que miran tus ojos,
de lo que tocan tus dedos
¡y hasta del traje que vela
los tesoros de tu cuerpo!...
Y mira hasta dónde llega,
Zahara, mi ofuscamiento,
que ha poco, cuando el de Válor,
queriendo alzarte del suelo
te dió la mano, clavando
en tus grandes ojos negros
las pupilas codiciosas,
tuve que hacer un esfuerzo
terrible para no hundirle
este puñal en el cuello!

ZAHA. *(Asombrada.)* ¿Celos tú de don Fernando?

ALGUA. ¡Hace tiempo que los tengo!

ZAHA. Mas, ¿por qué?

ALGUA. ¡Si se razonan
los celos, ya no son celos!...
¡porque tú eres muy hermosa
y es muy galán el mancebo!
¡Le miraste! *(Violentamente.)*

ZAHA. *(Con severa dignidad.)*
No confundas
el amor con el respeto.
Es nuestro señor. Desciende
de nuestros reyes, de aquellos
nobles califas que leyes
a España y al mundo dieron...
¡Ni yo he de aspirar a tanto,
ni él puede aspirar a menos!
(Aproximándose, con sinceridad, pero sin apasionamiento.)
Parte tranquilo a la lucha...
¡Tuyos son mis pensamientos,
mi corazón y mi alma,
cuanto soy y cuanto tengo!
¡Las mujeres como yo
cumplen lo que prometieron!
¡Y si durante la ausencia,
al hallarse de ti lejos,
mis ojos mirasen algo

que no fuese tu recuerdo,
me los arrancase, para
castigar su atrevimiento !

ESCENA VIII

Dichos, don Fernando y *el Cañarí.*

(Por la puerta de la izquierda aparece el Cañarí seguido de don Fernando, disfrazado de morisco. Al verlos, los amantes se separan y se les aproximan.)

CAÑA. *(A don Fernando.)* Aquí quedad un instante.
Tú, Diego Alguacil, conmigo
ven a ensillar el caballo
y a prevenir los amigos.
Tú, la entrada de la casa *(A Zahara.)*
vigila desde este sitio,
y prevén a don Fernando
por si hubiera algún peligro.
(A don Fernando.) Aquí estamos al momento...
Descansad, señor, tranquilo...
(Vase por la escalinata del torreón.)

ALGUA. *(Marchando tras el Cañarí.)*
¡ Dejarlo aquí con Zahara,
vive Dios que es un suplicio !

ESCENA IX

Zahara y *don Fernando.*

(El crepúsculo empieza a declinar, ensangrentando las altas torres de la Alhambra. De la ciudad remota asciende un lejano repique de campanas que tocan a oraciones. La luz es suave y dulce, y una onda de poesía parece envolverlo todo. Don Fernando, como un sonámbulo, se acerca al último pilar del arco del aljibe, y, apoyándose en él, se queda un momento absorto en la visión de la ciudad. Zahara le sigue como una

sombra, sumisa y tenue. También sus ojos y su alma parecen perderse en la misma contemplación.)

D. FER. *(Como hablando consigo mismo.)*
¡La hora ya ha sonado! ¡Cúmplase
la voluntad del destino!...
¡Adiós, ciudad de mis sueños,
pensil en donde he nacido,
quizás no vuelvan a verte
estos pobres ojos míos,
que al despedirse se llenan
de amargo llanto, lo mismo
que si al dejar tus vergeles
dejasen el Paraíso!
Ningún amante en el mundo
¡adiós! dijo a su cariño
con la ternura y la pena
con que yo a ti te lo digo!
(Queda un momento inmóvil reclinado en el pilar, como ocultando su llanto y su tristeza.)

ZAHA. *(Como soñando.)* ¡Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!
Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.
Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras sus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas...
Mudas se quedaron tus alfarerías...
¡Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!
El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.
De tu poderío ya no resta nada...
¡Tu gloria, Granada,
pasó como pasa bajo el puente el río!
Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;

ni al marcial estruendo de atambor sonoro,
cruzan por tus plazas los Abencerrajes
vestidos de plata y armados de oro!
¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto, ni la algarabía
de hombres que discuten las lenguas extrañas;
ni sueñan princesas tras los alhamíes,
ni en Bib-Rhambla quiebran, justando, sus cañas,
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!
¡Ya por puerta Elvira
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros... Altivos
caudillos, de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados
con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que asombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja;
ni de las antorchas a la luz bermeja
levanta palacios dignos de Aladino!...
¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni a beber sus aguas inclinan los cuellos
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!
¡Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que pueblan la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada.
Su corriente gime como avergonzada;
una pena eterna suspira en su canto,
cual si en vez de aguas arrastrasen llanto!...
La Alhambra está sola. Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.
Bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros...
¡Granada! ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está en [ruinas!
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
a dar a tus hijos el triste mensaje,
y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!
y las olas lloran al verlos llorar...
¡Granada! ¡Granada!,
de tu poderío
ya no resta nada.
Lloran elegías las aguas del río
y entre sus cristales ya no te reflejas,
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas!
(Queda un momento con la cabeza entre las manos, profundamente abatida.)

D. FER. *(Que la ha escuchado en silencio, apoyado en el arco de aljibe, se la acerca profundamente conmovido.)*
Zahara, a mis pensamientos,
como un eco han respondido
esos trágicos lamentos
que sin respirar he oído,
como escucha el musulmán
de hinojos en la mezquita
la majestad infinita
de los versos del Corán!
¡Veme, Zahara, llorar
de impotencia y de dolor!
¡Ay, quien le pudiera dar
a Granada su esplendor!
¡Y que en vez de esas campanas
que en las iglesias cristianas

repican las oraciones,
resonase en sus confines
el clamor de los muezines
en los altos torreones!

ZAHA. *(Insinuante.)* ¡Sí don Fernando Muley
desenvainase la espada,
Granada tuviese rey
y fuese otra vez Granada!
¡Si don Fernando quisiera
—brazos no le han de faltar—
aún mirase su bandera
en la Alhambra tremolar.

D. FER. ¡Granada, Granada mía,
ayer altiva sultana
y hoy esclava de la impía
y feroz turba cristiana,
todo esfuerzo será vano!...
¡Ya no tienes salvación,
que en los brazos del cristiano
has perdido el corazón!

ZAHA. *(Con voz profética.)* Humana grandeza,
orgullo, belleza,
poder, sentimiento.
¡Todo, todo es viento,
humo que se va!
En los viejos muros,
con trazos seguros,
un día lejano
le esculpió una mano
que ni polvo es ya...
Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés, lo siente;
lo dice la fuente:
—¡No hay más Dios que Alá!
¡Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en tus torres!... ¡Nada!
Granada es Granada,
¡siempre lo será!...
Lo saben las flores
y los ruiseñores;

el ciprés, lo siente ;
lo dice la fuente :
—¡ No hay más Dios que Alá !

ESCENA X

Dichos, Cañarí y *Almendari,* bajando precipitadamente por el torreón.

ALMEN. Don Fernando, presto,
¡ salvaos, señor, salvaos !
CAÑA. *(Señalando a la derecha.)* Al final de esta calleja
os esperan los caballos,
y un buen golpe de moriscos
para poder escoltaros.
ALMEN. De Granada salió fuerza
para prenderos...
CAÑA. Hallaron
a los soldados que iban
el edicto pregonando,
y ellos les dijeron donde
estábais.
(Se oyen voces lejanas. Las campanas tocan a rebato. Redobles de atambores y arcabucazos.)
ALMEN. ¡ Y todo el barrio,
al conocer la noticia,
en vuestro favor se ha alzado !
CAÑA. ¿ No escucháis, señor, cual tocan
las campanas a rebato?
(Las mujeres se asoman a las ventanas y a las puertas. El vocerío aumenta.)
MORIS. ¡ Viva Aben-Humeya ! *(Fuera.)*
¡ Viva !

ESCENA XI

Dichos, Alguacil y *moriscos* armados, que penetran por el torreón.

ALGUA. ¿ Dónde estás, señor? ¡ Tu brazo
ha de romper las cadenas
que nos impuso el cristiano !

D. FER. ¿Qué queréis de mí, moriscos?
ALGUA. ¡Que nos salves, y salvaros!
ALMEN. ¡Que al frente nuestro te pongas
y del Albaicín salgamos!
ALGUA. Que con nosotros te vengas
a la sierra para darnos
la libertad... ¡Que tú seas
nuestro rey!
D. FER. *(Decidido.)* ¡Al campo vamos!...
¡Y cúmplanse de mi estrella
los designios soberanos!...
¿Una mano que os guíe
os falta? ¡Aquí está mi mano,
y a vengar va Aben-Humeya
a don Fernando de Válor!
(Se va, seguido de los moriscos, por la calleja.)
ALGUA. ¡Viva Aben-Humeya!
MORIS. ¡Viva!
ALGUA. *(A Zahara.)* ¡Adiós, Zahara! ¡Me marcho
donde el deber me reclama,
a libertar mis hermanos!
ZAHA. *(Despidiéndose.)* Mi vida se va contigo.
DAMA. *(Que desciende por la escalinata.)*
¡Que se acercan los cristianos!
ZAHA. *(A los moriscos.)*
¡Huid pronto, que ya se acercan!
CAÑA. ¡Vosotras, pronto, a encerraros!
(Se van los moriscos por la calle. El Cañarí y su hija penetran en su casa. Los demás moriscos se encierran en las suyas.)

ESCENA XII

Don Alvaro de Flores, don Lope de Atienza, pregonero, soldados; luego, *Zahara, Damar* y *moriscos.*

(Gritos y atambores que resuenan cercanos.)
D. ALV. *(A don Lope.)* Aquí hallamos al rebelde.
En alguna de estas casas
debe encontrarse escondido.
D. LOP. Mas todas están cerradas.

D. ALV. *(A los soldados.)* ¡Llamad, y si no contestan,
que al suelo las puertas caigan!
SOLD. *(Golpeando las puertas.)*
¡Abrid al rey!... ¡No responden!
D. ALV. ¡Sin compasión saqueadlas,
y que no escape ninguno
de los que hay dentro!
(Los soldados echan abajo las puertas.)
D. LOP. La plaza
vos vigilad, capitán,
en tanto que estas moradas
registro, a ver si en alguna
encuentro al rebelde. ¡Gracias
por vuestra ayuda, don Alvaro!
(Entra en una casa.)
D. ALV. ¡Ya comienza mi venganza!
¡Oh, si la casa de aquella
morisca yo hallar lograra,
la humillación de esta tarde
daba por bien empleada!
PREGO. *(Señalando la casa de la izquierda.)*
Aquí, don Alvaro, vive
la morisca más bizarra
de todas cuantas encierran
del Albaicín las murallas.
La de esta tarde...
(Resuenan gritos y arcabucazos.)
DAMA. ¡Socorro! *(Dentro.)*
D. ALV. Forzad la puerta.
(Al pregonero y a un soldado.)
PREGO. *(Obedeciendo a don Alvaro.)* ¡Está franca!
D. ALV. *(A los soldados, entrando.)*
¡Pues a ella!... A ver si logro
saciar en su amor mis ansias!
DAMA. ¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro!
(Dentro. Aparece don Lope. Tras él dos soldados arrantran a Damar.)
D. LOP. *(A Damar.)* ¡Lo que es tú ya no te escapas!...
¡Dinos pronto, mala pécora,
dónde el de Válor se halla!
DAMA. ¡No esperes que yo os lo diga
vuestra empresa será vana!

D. LOP. *(A los soldados.)* ¡Pues avivad esa hoguera
y arrojadla entre las llamas!
DAMA. Y conmigo, hecha cenizas,
se extinguirán mis palabras.
SOL. I. *(Saliendo de una casa con las manos llenas de joyas y dirigiéndose a otros soldados.)*
¡Mirad, mirad estas perlas
y este collar de esmeraldas!...
¡Valen más de cien ducados!
D. LOP. *(A los soldados que sujetan a Damar.)*
¡Pronto, a la hoguera arrojadla!
PREGO. *(Saliendo de casa de Zahara con el soldado 2.)*
¡Qué envidia tengo a don Alvaro!
SOL. 2. ¡La suerte es para envidiarla!
PREGO. Se defendió la paloma,
mas clavó el halcón sus garras...
HERI. *(Es un soldado que penetra por el torreón y se dirige a don Lope.)*
Capitán, todo este barrio
se ha revuelto. La canalla
nos acomete. El de Válor
por esta pendiente baja,
queriendo ganar el campo
para escapar de Granada.
D. LOP. Pues tocad marcha al momento...
¡Vamos allá, camaradas!
(Los atambores tocan marcha. Vasen todos precipitadamente, abandonando a Damar, que forcejea por romper sus ligaduras. Aparece don Alvaro, sin capa y sin sombrero, y le pregunta a un soldado que huye.)
D. ALV. ¿Qué pasa? Ya se ha cumplido,
¡vive el cielo!, mi venganza.
SOLD. ¡Vámonos por la calleja,
don Alvaro, que se escapan! *(Se van. Las mujeres desgreñadas y horrorizadas a las puertas. Suenas arcabuzazos y gritos.)*
MUJE. ¡Maldición sobre vosotros!
¡Del cielo el castigo caiga!
DAMA. ¡Que jamás brote una espiga
donde pongáis vuestras plantas,

y que hasta la misma tierra
para tragaros se abra!

ZAHA. *(Que aparece, como loca, desmelenada, con las ropas en desorden.)*
¡Capitán, capitán Alvaro Flores,
que estas mismas pupilas que han mirado
tu infamia, te contemplen devorado
por la lepra de todos los dolores!
¡Aun cuando pidas a la tumba abrigo,
de mí no has de escapar, pues donde quiera
que vayas, mi venganza, astuta y fiera,
como una sombra marchará contigo!
¡Ella envenenará con su ponzoña
el aire que respires y la fuente
que bebas, y en la fosa eternamente
devorará insaciable tu carroña!
Será en tu corazón gota de plomo
y ceguera de muerte en tu mirada...
¡Ya verás, capitán, ya verás cómo
se vengan las mujeres de Granada!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un mesón en Cadiar. Por el arco de la amplia puerta del fondo se ve, a los rayos de la luna, la plaza del pueblo y la fachada de una iglesia con reminiscencias de mezquita. A la derecha, una enorme chimenea, bajo cuya ancha campana se agrupan bancos rústicos. En las repisas de la chimenea, botes, tarros y otros enseres domésticos. En el fuego, sobre las trébedes, borbotan ollas y pucheros de barro. A un extremo de la piedra del lar, troncos de encina y gavillas con sarmientos. Cerca de la chimenea, una mesa rústica con vasos y un velón de cuatro mecheros encendidos. A la izquierda, grandes arcos, sostenidos por rectos de madera, que conducen a las caballerizas. Algún candil pende de las vigas del techo, y un farol con cristales azules y rojos ilumina la puerta. Bajo los arcos, jalmas, sacos, etc., etc.

ESCENA I

Peláez, Vilches, Zahara, Ben-Alguacil y *Soldados.*

(Peláez, Vilches y Soldados beben en torno de la mesa, junto al lar. Ben-Alguacil, con traje de es-

cudero cristiano, se calienta al fuego Atiende a todos y prepara la colación. Por la plaza pasan, de vez en cuando, alegres grupos cantando villancicos al son de guitarras, panderas y zambombas. Zahara, convertida en mesonera, anda de acá para allá.) (Cantando fuera.)

VOZ. Jesucristo vino al mundo
en las pajas de un pesebre,
mientras que por los caminos
iba cayendo la nieve.
¡ Despertad, pastores,
cantad y bebed,
porque va esta noche
Jesús a nacer !
(El coro repite el estribillo y las voces se alejan cantando por la plaza.)

VILCH. Hace más de quince días
que vagamos por las crestas
de esas montañas bravías,
entre atajos y entre cuestas,
y nos causa maravilla
cómo a caminar se atreve
nuestra planta, si la nieve
nos cubre hasta la rodilla.
¡ Bosques poblados de fieras ;
valles ásperos y hondos ;
ventisqueros, torrenteras ;
precipicios, cuyos fondos
no ven los ojos humanos ;
pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo !...

ZAHA. Mas, decir : ¿qué andáis buscando

VILCH. Vamos siguiendo la huella
de un morisco, un don Fernando
que hoy llaman Aben-Humeya.

ZAHA. ¿Qué delito cometió?

VILCH. Al cabildo de Granada,

con la daga y con la espada,
contra fuero y uso, entró.
Y al querérsela quitar,
la desnudó don Fernando,
e hiriendo y acuchillando
la calle logró ganar...

ZAHA. ¡Bravo es el mozo y resuelto!

VILCH. Luego escapó de Granada...

ZAHA. Y después, de él, ¿no habéis vuelto,
soldados, a saber nada?

VILCH. Afirman que los moriscos
ahora le alzaron por rey
y con él, por esos riscos,
van imponiendo su ley.
Se le busca en la montaña...

ALGUA. ¡Si los monfíes le ayudan
no le hallaréis, aunque acudan
todos los tercios de España!
¡En las armas no confíes,
que más te valiera hallar
a un león, que tropezar
con un bando de confíes!

VILCH. A fe, que si tropezara
con el morisco, le echara
a rodar por esos tajos,
para que así me pagara
las penas y los trabajos
que por su culpa sufrí...

ZAHA. Él querrá vivir también...
¡Si van a tratarlo así,
al no entregarse hace bien!
(Pequeña pausa. Suenan músicas. Los soldados beben.)

PELA. *(A Zahara.)* Dime: ¿quién es esa dama
tan bella, que habita al lado
del mesón?

ZAHA. Señor, se llama
doña Isabel de Mercado.
Persona de gran linaje,
según la fama asegura,
a quien rinden vasallaje
la riqueza y la hermosura.

Huérfana vino a quedar,
y aquí vive con su tío,
el licenciado del río,
que es alcaide del lugar.

PELA. ¿Y es honesta?

ZAHA. Hasta la fecha
es tal su recogimiento,
que una vida más estrecha
no llevase en un convento.

PELA. Siendo noble, rica y bella,
no le ha de faltar galán...

ZAHA. ¡Y eligió bien la doncella!
Al más bravo capitán
de las banderas del rey...
¡Según la gente asegura,
ella le ama con locura,
y él la tiene mucha ley!

PELA. (Ya logré lo que quería.)
Amigos, vamos a dar
unas vueltas al lugar,
¡que ésta es noche de alegría
y hay que beber y cantar!
(Se levanta y se dirige al foro. Bajo, a los soldados que salen tras él.)
¡Cual de un castillo sitiado
la muralla se examina,
examinad con cuidado
la casa de la divina
doña Isabel de Mercado!

VILCH. ¿Mas don Alvaro persiste,
en robar a la paloma?

PELA. ¡Castillo que se resiste,
por asalto se le toma!
El cariño enardecido
más con el rigor se inflama;
y esta noche ha decidido
robar, Vilches, a la dama.
Como ella a misa no va,
mientras dicen misa, pues,
con la ayuda de los tres
doña Isabel robará...

VILCH. *(Saliendo.)* ¡Ni en pendencias ni en amores

¡pardiez!, existe un soldado
mas bravo y afortunado
que don Alvaro de Flores!

ESCENA II

Zahara y *Ben-Alguacil*, que siguen a los soldados hasta la puerta, y se quedan un instante detenidos en los umbrales, como acechando.

ZAHA. *(Amenazante.)* Reíd, miserables, que en tanto
que se celebra la misa
de esta noche, vuestra risa
se habrá de trocar en llanto!
(Reparando en Alguacil y retornando al centro de la escena.) ¡Esa ropilla cristiana
que bien, Alguacil te sienta!
ALGUA. *(Contemplando ansiosamente a Zahara.)*
¡Mesonera más galana
mis ojos no han visto...
ZAHA. *(Interrumpiéndole.)* Cuenta
a qué has venido...
ALGUA. A esperar
a Aben-Humeya... y a verte;
¡que aunque el verte me da muerte,
sin verte no puedo estar!
ZAHA. *(Con severidad)* ¡Silencio! No es esta hora
de amantes pláticas, cuando
el odio que nos devora
su venganza está tramando.
(Conduciéndole de nuevo hasta la puerta y señalando la lejanía.) ¿En estos cerros no miras
resplandecer los fulgores
de cien encendidas piras?
¡No son míseros pastores
que celebran, placenteros,
la fiesta de Navidad,
sino indómitos guerreros
afilando sus aceros
para darnos libertad!...

(En voz baja, viniendo al centro.)
¡Y cuando estén entregedos,
en los templos, a sus fiestas,
todos los cristianos de estas
sierras serán degollados!
(Con sorda rabia.) ¡Vengaremos lo sufrido
y en su sangre cobraremos
toda la sangre que hemos,
bajo su yugo, vertido!...

ALGUA. *(Con fiereza.)* ¿Piensas que ociosa mi mano
en esta noche ha de estar?...
¡Si sólo puede igualar
a tu amor mi odio al cristiano!...
¡Tengo en ellos que vengar
tanta amargura pasada!
¡Mi patrimonio robado;
mi casa, de sal sembrada;
mi padre, descuartizado
en la plaza de Granada;
y para mayor baldón,
yo, que a la vida venía,
mientras mi madre moría
desangrada, en un rincón
de la más oscura y fría
cárcel de la Inquisición!...
(Volviéndose apasionadamente a Zahara.)
Mas, mientras que llega la hora
en la que pueda saciar
esta sed abrasadora
de sangre, ¿por qué ocultar
la pasión que me devora?

ZAHA *(Con energía, rechazándole.)* ¡Cállate!...

ALGUA. *(Queda un momento abatido. Después se acerca de nuevo a Zahara.)* Por complacerte
me callaré... ¡Mas advierte,
Zahara, por Dios, que si
mis palabras te dan muerte,
me mata el silencio a mí!...

ZAHA. *(Atajándole.)* ¡No me sigas preguntando
lo que no he de contestar,
que si te mato callando
te daré muerte al hablar!

ALGUA. *(Con pasión desesperada. Aproximándose más, profundamente emocionado. Zahara baja los ojos y se cubre el rostro con las manos.)*
¿Por qué te ocultas la cara?
¿Por qué se apartan, Zahara,
tus negros ojos de mí?
¿Qué te ha hecho mi amor para
tratarme, Zahara, así?...
¿Por qué, Zahara, por qué?
Desde que te conocí
mi voluntad te entregué
y esclavo tuyo viví...
En ti cifré mi contento...
¡Fué para mí tu ternura
como el vaso de agua pura
para el labio del sediento!

ZAHA. *(Con resolución.)* ¡En mi cariño has cifrado
inútilmente tu orgullo!...
¡Porque el vaso en que has soñado
beber, no puede ser tuyo,
que otros labios lo han besado!
(Alguacil retrocede, violento, encogiéndose como el león que se dispone a caer sobre su presa. Zahara le mira desafiante, dominándole con su mirada.) ¡Por más que intentes hacer,
mi amor no has de conseguir!...
¡Ni más tú debes saber,
ni más te puedo decir!

ALGUA. *(Con un arranque de celos, desesperado, lívido, con la ira más salvaje pintada en el rostro, sujetando a Zahara por la muñeca.)* ¿Amas a otro?
(Zahara le rechaza y hace un gesto afirmativo.)
¡Su nombre!...
¡Un nombre que desgarrar
entre mis dientes, y un hombre
en el que pueda saciar
bebiendo su sangre entera,
la sed voraz de la fiera
que mordiendo en sus desvelos
los hierros de su prisión,

están rugiendo de celos
dentro de mi corazón !...
(Se agita desesperadamente. Zahara permanece erguida, desafiándole y dominándole con su actitud.)

ZAHA. *(Mirándole con altiva fiereza.)*
¿Su nombre?... Si alguna vez
mi labio lo pronunciara,
de rodillas se postrara,
al oírlo, tu altivez...
¿Vengar quieres mi desvío
en mi amado?... ¡Calla, necio
que tu amenaza desprecio
como de tu amor me río !
¡Yo me basto a defender
su vida, y si en él osara
tu odio los ojos poner,
como a un perro te matara !

ALGUA. *(Amenazante.)* En las llamas que me envuelven
arderá tu corazón...
(Los soldados aparecen en la plaza. Zahara se vuelve a la puerta.)

ZAHA. ¡Silencio !... *(Señalando a la puerta.)*
¿No ves que vuelven
los soldados al mesón?...

ESCENA III

Dichos. Don Alvaro de Flores, don Diego del Río, Vilches, Peláez y *Soldados,* que entran por la puerta del foro. *Alguacil* y *Zahara* se separan. Aquél, hosco y sombrío, se va a sentar en una jalma, bajo el arco del medio, de la izquierda, donde permanecerá durante la escena, siguiendo con los ojos todos los movimientos de Zahara. Esta vuelve a sus quehaceres. Aviva el fuego. Sirve vino, y entra y sale en el interior, pero siempre inquieta y con los ojos fijos en la puerta de la calle, como si esperase algo. Los soldados se sientan de nuevo en torno de la mesa, mientras el *Capitán*

y *don Diego* conversan en el centro de la escena. Diálogo muy animado. Las músicas y los villancicos prosiguen sonando a lo lejos en las pausas del diálogo.

D. DIE. Ya aposentada tenéis
capitán, la compañía,
y hasta que despunte el día
en mi casa os holgaréis,
casa humilde como mía...
Mas mi buena voluntad
en ella sabrá suplir
la holgada comodidad
con que acostumbra a vivir
el hidalgo en la ciudad.
Después de misa, señor,
la cena de Nochebuena
compartiremos ; ¡ la cena
no será de lo mejor ;
pero, ¡ pardiez !, será buena...
Y espero que no echaréis
en ella de menos nada
de todo cuanto en Granada
para regalo tenéis
en vuestra rica morada,
porque esta pródiga sierra
tantos tesoros encierra,
que en materia de yantar
nada tiene que envidiar
a lo mejor de la tierra.

D. ALV. *(Desembozándose.)* ¿Qué de menos echaría
un príncipe, ¡ vive Dios !,
estando en la compañía
de un hidalgo como vos
que es todo cortesanía,
y más teniendo a su lado,
para colmar de ventura
sus ojos de enamorado,
la soberana hermosura
de doña Isabel Mercado?
(Avanzan los dos hacia el cenro. Zahara lo reconoce, ahoga un grito y hace un esfuerzo terrible para disfrazar su emoción.)

ZAHA. *(Desde el último arco.)*
(¡ Gracias, cielo !... El capitán
don Alvaro... ¡ Padre mío,
esta noche, con qué brío
mis manos te vengarán.)
(Desaparece en el interior, volviendo a salir al poco rato con una bota de vino en la mano.)

D. DIE. *(A don Alvaro.)* Será vuestra colación
sopa de almendra, jamón
de los Berchules, curado
entre nieve, y un lechón
tiernecito y bien asado.
Perdices en escabeche
y pollos en pepitoria,
¡ y un plato de arroz con leche
que os ha de saber a gloria !...
Todo rociado a su vez
con añejo de Albuñol,
ese vinillo que es diez
veces mejor que el Jerez,
el mejor vino español.
Y, además, por si os antoja,
uvas de Ohanes, sandías
de Adra, limas de Rioja,
peras de Rágol, meloja
y ciruelas de Dalías...
De dulces, podréis catar
lo mejor de la creación :
pan de higo de Turón,
mantecados de Laujar
y Alfajores de Albondón.
Roscos de San Cayetano,
torreznos de huevo y miel,
flanes, natillas... ¡ y es llano
en todo veréis la mano
de mi sobrina Isabel,
que en esto de confitar,
y sólo justicia hago
a su fino paladar,
nada tiene que envidiar
a las monjas de Santiago !

D. ALV. ¡ Aun cuando la cena es buena,

a decir me atrevería
que, mucho más que la cena,
me agrada la compañía !

D. DIE. ¡ Vuestra lengua es lisonjera
por demás...

D. ALV. *(Llamando.)* ¡ Mesonera ! *(Se acerca Zahara.)*
¡ A estos soldados dispón
una buena colación,
cual si para reyes fuera !...
¡ La casa por la ventana
para feriarlos, echad !...
(A los soldados.) ¡ Camaradas, celebrad
cual cumple a gente cristiana
la noche de Navidad !
(Sacando un bolsillo y dirigiéndose a Zahara.)
¡ En cambio a las atenciones
que con mis gentes uséis,
mesonera, aquí tenéis
un puñado de doblones
para que vos os feriéis !
(Arroja el bolsillo sobre la mesa.)

ZAHA. *(Sin tomar el bolsillo.)* A aceptarlo no resisto,
porque os quiero complacer.

D. ALV. *(Reparando detenidamente en Zahara.)*
(¡ Qué hermosa !... ¡ Señor, yo he visto,
no sé dónde, a esta mujer !)

ZAHA. *(Tomando el bolsillo y arrojándolo en el cajón de la mesa. Con intención a don Alvaro.)*
¡ Yo os juro que quedarán
satisfechos de la fiesta,
y que nunca pasarán,
ni vos mismo, capitán,
una noche como ésta !
La cena será servida...
¡ Acepto vuestros favores,
y estaré toda la vida,
señor, muy agradecida
a don Alvaro de Flores !
(¡ Ira, tu furor contén ! *(Con voz sorda.)*
¡ Quémate en tu propia llama !)

D. ALV. *(Aproximándose cortésmente.)*
¿ Sabéis vos mi nombre ?

ZAHA. ¡Quién
no lo sabe, si la fama
por doquiera lo proclama
como el del mejor soldado
que arma ciñe bajo el sol,
espejo fiel y dechado
del caballero español!...
¡Seguro podéis marchar,
que es generoso mi pecho,
y tranquila no he de estar
hasta que os pueda pagar
todo el bien que me habéis hecho!...
(Saluda y se acerca a la mesa a servir vino a los soldados.)

D. ALV. *(A don Diego.)* ¡Discreta es la mesonera!

D. DIE. Tiene ingenio y donosura...
Según el vulgo asegura,
sólo a su ingenio supera,
don Alvaro, su hermosura.

D. ALV. ¿Es del lugar?

D. DIE. No lo sé.
Hace poco aquí llegó,
y este mesón arrendó;
y, por lo que aquí se ve
y lo que se dice de ella,
don Alvaro, en el lugar,
bien os puedo asegurar
que de virtud la doncella
es un modelo ejemplar.

D. ALV. *(Interesado.)* ¿Morisca?...

D. DIE. Buena cristiana,
según es su devoción...
De serlo vieja se ufana...
(Las campanas dan el primer toque de misa. Pasa un grupo de gente cantando.)
Mas, escuchad... La campana
repica... Ya la función
religiosa va a empezar.
(Aproximándose a la puerta. Don Alvaro le sigue.)
Mi casa es cerca, al doblar
capitán, aquella esquina...
¡Vamos, que hay que acompañar

a la iglesia a mi sobrina
para que arregle el altar!

D. ALV. Me obliga la distinción
que para mí no hay laurel
comparable al galardón
de servir de rodrigón
a dama como Isabel.

D. DIE. Con tanta cortesanía
ella está mejor pagada,
que nunca dama sería
más contenta y más honrada
que ella en vuestra compañía.
Ya impaciente nos espera.

D. ALV. Pues vamos presto los dos...
¡Salid!... *(Invitando a don Diego, con cortesía.)*

D. DIE. No; primero vos...

D. ALV. *(Mirando al salir a Zahara.)*
(¡Yo he visto a esta mesonera
no sé dónde, vive Dios!)

ESCENA IV

Dichos, menos *don Alvaro* y *don Diego*. *(Alguacil* y *Zahara* se asoman a la puerta y observan.)

ALGUA. La nieve desciende fría,
y aullando bajan los vientos
de esa montaña bravía,
igual que lobos hambrientos...
El rayo rasga los cielos
con su sangriento fulgor...

VILCH. *(Calentándose.)* ¡Siempre entre nieves y hielos
viene al mundo el Redentor!
¿Mas qué te puede importar
que nieve a ti, buen amigo,
si tienes para tu abrigo
el rescoldo de este hogar?

ALGUA. *(Acercándose.)* No es por mí, que ya mi piel
está a la nieve curtida,
es que espero la venida
de mi amo...

VILCH. ¿Quién es él?

ZAHA. *(Interviniendo, al notar el embarazo de Alguacil.)*
Un hidalgo principal,
de sangre tan limpia y clara,
que hasta el más noble se honrara
teniéndole por igual...
VILCH. ¿Por qué vive en esas sierras?
ZAHA. En ellas, señor, nació,
y señoríos y tierras
de sus padres heredó.
PELA. *(Interviniendo.)* ¿Y con el tiempo que hace,
cómo a caminar se atreve?
ZAHA. ¡Curtido está el que aquí nace
a los vientos y a la nieve!
VILCH. ¡Mas si le tienden un lazo
los monfíes!...
ZAHA. ¡No hay temor,
que ellos conocen su brazo
y respetan su valor!
PELA. *(A Vilches.)* ¡Bien le defiende la moza!
ZAHA. *(Vivamente.)* ¡Quién en la Alpujarra entera
no conoce y no venera
a don Diego de Mendoza!
Su familia es bien nombrada...
¡Deudo es también del marqués
de Mondéjar, que en Granada
capitán general es!...
VILCH. ¿Es del lugar?
ZAHA. ¡De Medina!...
¡De esa villa que en las peñas
de esa montaña vecina
finge un nido de cigüeñas!
PELA. ¿Cómo a Granada no va?
ZAHA. Porque ama estas asperezas
donde creció... ¡Son rarezas
de su genio!...
ALGUA. *(Que durante el final del diálogo ha estado acechando la puerta.)* ¡Aquí está ya!
(Todos vuelven la vista. Zahara corre impaciente hacia la puerta, donde aparece Aben-Humeya, embozado en una larga capa cubierta de nieve, con botas de montar y espuelas. El sombrero le cae sobre el rostro.)

ESCENA V

Dichos y *Aben-Humeya.*

AB.-HU. *(A Alguacil, en voz alta, desde la puerta.)*
Dale pienso a mi caballo,
que a Medina partiremos
después de misa del gallo.
ALGUA. *(Alto, con intención.)* ¿La oiremos aquí?
AB.-HU. La oiremos. *(A Zahara.)*
¡Buenas noches, mesonera!
ZAHA. *(En voz baja.)* ¡Cuánto tardasteis!
ALGUA. *(Idem.)* La gente,
vuestra señal, impaciente,
sedienta de sangre espera
en esas huertas cercanas...
AB.-HU. *(En voz baja y rápida.)* Mi orden les hice saber...
¡Aquí caerán al postrer
repique de esas campanas!
(Se adelanta hasta el centro. En voz alta, reparando en los soldados.)
¡Vive Dios!... ¡Por lo que veo,
estáis bien acompañados!...
¡Que el cielo os guarde, soldados!...
¡Salud y paz os deseo!
(Saluda, y los soldados le contestan.)
VILCH. *(Invitándole a acercarse.)*
¡Hidalgo, que os guarde Dios!...
Si aquí queréis calentaros,
podéis, señor, acercaros,
que hay lugar para los dos...
PELA. ¡Larga ha sido la jornada!
AB.-HU. Y no cesó de nevar...
La ropa traigo mojada
y me la voy a mudar,
pues no es justo que con esta
capa y con aqueste sayo,
vaya esta noche a una fiesta
como la misa del gallo...
(Ben-Alguacil, que ha desaparecido por la puerta, vuelve a surgir por los arcos de la izquierda.)

VILCH. ¿Venís de lejos?
AB.-HU. De Laujar:
—cinco leguas—del mercado,
donde acabo de comprar
un potro tordo rodado
que es magnífico ejemplar...
VILCH. *(Interrumpiéndole.)* ¡Mas perdone! ¿Por allí
qué dicen de Aben-Humeya?
AB.-HU. ¡Tan mala es, señor, mi estrella,
que nada sobre esto oí!...
¡Mas que os libre vuestra suerte
de topar con el doncel,
porque toparse con él
es toparse con la muerte!
PELA. ¿Mas tan bravo es el mancebo?
AB.-HU. ¡Tiene brío y juventud!
VILCH. *(Alzando un vaso de vino y ofreciéndole otro.)*
¡Hidalgo, a vuestra salud!
AB.-HU. *(Con una galante cortesía, excusándose.)*
¡Mil gracias, pero no bebo!
(Resuena el segundo repique de la misa. Las ventanas del templo empiezan a iluminarse.)
Ya vuelven a repicar...
¡Que os guarde Dios, noble tropa!
¡Voy a mudarme de ropa,
que la misa va a empezar!
Dame una luz *(A Zahara.)*
ZAHA. ¡Al momento!... *(Tomando el velón.)*
¡Al final del corredor
hallaréis vuestro aposento!
(Le precede con la luz por los arcos de la izquierda. Aben-Humeya se inclina cortésmente y saluda a los soldados. Diego-Alguacil se va tras él.)
VILCH. *(Saludando.)* ¡Que el cielo os guarde, señor!...
(Fuera. Cantando.)
VOCES. «Los pastores dormitaban
y un ángel los despertó:
¡Venid, les dijo, pastores,
que ha nacido el Redentor!
¡Despertad, pastores!
¡Pastores, corred

a adorar al niño
nacido en Belén !»

ESCENA VI

Dichos, menos *Aben-Humeya* y *Ben-Alguacil*.

VILCH. ¡ Que retoce el buen humor !
¡ Amigos, reíd, cantad,
que esta noche es Navidad
y ha nacido el Redentor !
ZAHA. *(Saliendo por el primer arco de la izquierda.)*
(¡ Pronto habéis de padecer
y empezaréis a gemir,
que a tiempo que va a nacer
vuestro Dios, vais a morir !)
VILCH. La nieve borró el camino...
¡ Para que no nos helemos,
con un buen trago de vino
nuestros cuerpos calentemos. *(Se vuelve hacia la mesa.)*
ZAHA. (¡ Temblad, que llegó el momento ;
poque esa nieve que baja
del cielo, vuestra mortaja
está tejiendo en el viento !)
(Empieza un nuevo repique.)
VILCH. De nuevo están repicando...
De la campana el clamor
parece que va anunciando :
¡ Va a nacer el Salvador !...
ZAHA. (Ninguno de la mañana
el resplandor mirará !...
¡ Por vosotros la campana
a muerte doblando está !)
(Se acerca y les sirve más vino.)
Aquí el vino.
PELA. *(Llenando el vaso.)* Su virtud
con tu semblante retoza...
¡ A tu salud, buena moza !...
VILCH. *(Alzando el brazo.)* ¡ Mesonera, a tu salud !
(Beben y se disponen a partir.)

ZAHA. ¿Se van todos?
PELA. *(En voz baja.)* Ya lo ves...
¡Mas si tu voz me ordenase
que me quedara, quedase,
aunque me ahorcaran después!
VILCH. ¡Y yo también!...
SOLD. *(Acercándose.)* ¡Y yo!...
PELA. Vamos
elige tú, vida mía,
porque a hacerte compañía,
todos dispuestos estamos.
¿Quién es el que más te agrada?
¡Pues no es justo que te quedes
sola ahora, cuando puedes
estar bien acompañada...
ZAHA. Como desairar no quiero
a causa de la elección,
a ninguno, en conclusión;
¡quedarme sola prefiero!
PELA. ¿A nadie tu amor señala?...
No uses melindres, morena,
que esta noche es Nochebuena!
ZAHA. (¡Mas para ti será mala!)
(Vuelven a beber, riendo y bromeando.)
PELA. A nuestra salud, ¡bebed!
(Intenta abrazarla; ella se esquiva y se dirige a uno de los arcabuces colocados cerca de la chimenea.)
ZAHA. *(Tomando el arcabuz.)* ¡Las manos quietas tened,
que os juro por esta luz,
que si adelantáis un paso,
el corazón os abraso
con vuestro propio arcabuz!...
Mi honor no ha de toleraros
el más ligero desmán...
PELA. Ahora verás... *(Acercándose.)*
VILCH. *(Mirando a la puerta.)* ¡A callaros,
que aquí viene el capitán!

ESCENA VII

Dichos y *don Alvaro de Flores.*

D. ALV. *(A los soldados.)* ¿Pero qué hacéis aún ahí?
Al templo marchad de prisa,
que ya va a empezar la misa...
(Los soldados salen. Zahara permanece junto al fuego.)
Tú, Peláez, quédate aquí. *(Peláez se detiene.)*

ESCENA VIII

Don Alvaro, Peláez y *Zahara.* Esta junto al fuego.

D. ALV. *(A Pelález, en secreto.)*
¿Todo lo tienes dispuesto?
PELA. *(Idem, en voz muy baja.)*
Como para una batalla,
y cada cual en su puesto.
D. ALV. Al alférez le di orden
de que si el vulgo se altera
al enterarse y quisiera
promover algún desorden,
que lo encierre a arcabuzazos.
PELA. Podéis confiar en él,
que es leal...
D. ALV. ¡Doña Isabel,
cuándo te tendré en mis brazos!...
PELA. Mas, ved que el vulgo es asaz
malicioso, y si concluye
por saber...
D. ALV. ¡Se le atribuye
a los moriscos, y en paz!
¡Nada habrá que lo remedie!
Saldrá todo según quiero...
¡Cuando la misa promedie,
ya sabes, aquí os espero!
(Resuena el último repique de misa. El capitán y

Peláez se van. Se les ve atravesar la plaza y penetrar en el templo.)

VOCES. *(Cantando fuera.)* «¡El monte dejad, pastores!
¡Llegad todos a Belén,
porque el Redentor del mundo
esta noche va a nacer!»
(Aparecen por los arcos Alguacil y Aben-Humeya con sus trajes moriscos, envueltos en amplios mantos. Zahara se les aproxima.)

ESCENA IX

Aben-Humeya, Zahara y *Ben-Alguacil.*

ZAHA. *(Espiando desde la puerta.)*
Toca, campana, de prisa,
que a muerte vas a tocar!...

AB.-HU. *(A Alguacil.)* Llegó el momento. La misa
va en este instante a empezar.
Vete, Alguacil, a avisar
a nuestros bravos hermanos...
(Sale, recatadamente, Alguacil.)
Mas espera...

ALGUA. *(Volviéndose.)* ¿Qué me quieres?

AB.-HU. ¡Que respeten las mujeres,
los niños y los ancianos!

ALGUA. *(Al salir, mirando recelosamente a Aben-Humeya y a Zahara.)* ¡En vano es que el labio rece
piedad clamando a los cielos!...
¡Mísero del que tropiece
con el furor de mis celos!
(Se va. Zahara cierra la puerta y apaga las luces de dentro, dejando sólo el velón sobre la mesa.)

ESCENA X

Aben-Humeya y *Zahara.*

Aben-Humeya permanece un momento inmóvil, cruzado de brazos, en el centro de la escena. Zaha-

ra le contempla con ansiedad, sin atreverse a romper su silencio.

AB.-HU. *(Como hablando consigo.)*
¡El decreto de tu estrella
ya te señaló el camino!...
¡Ya te has puesto, Aben-Humeya,
frente a frente a tu destino!
¿Veré mi gloria cumplida?
Ya está la lucha empezada...
¡Desde hoy no tendrá mi vida
más solución que mi espada! *(Desnudándola.)*
¡Noble espada, triunfadora
reliquia de mis amores,
en ti se concentra ahora
el amor de mis amores!
¡Gloriosa espada a quien diera
Damasco tu fino temple,
deja que mi vida entera
extasiada se contemple
en tu fuerte hoja acerada,
con la ventura triunfante
con que se mira el amante
en los ojos de su amada!
¡No temas que te abandone
hasta que en dura campaña
mi altiva frente corone
con la corona de España!
¡No te rendiré al cristiano,
que nunca habré de entregarte,
en tanto pueda empuñarte,
como te empuña, mi mano!
¡Y si vencida se ve
mi generosa ambición,
antes de hacerte traición
hasta el puño te hundiré
dentro de mi corazón.

ZAHA. *(Acercándose para alentarle.)*
¡Animo, señor!... ¡La hora
de la venganza resuena!...
Mas, ¿qué te angustia? ¿Qué pena
tu semblante decolora?

¿En el triunfo desconfía
tu esperanza?

AB.-HU. No, Zahara...
¡Es que mi alma se para
antes de emprender la vía
que el Destino me depara!

ZAHA. Pero ¿qué amengua tus bríos?

AB.-HU. ¡El sino de Aben-Humeya!... *(Con supersticioso terror.)*
¡Temo el rigor de esa estrella
enemiga de los míos!

ZAHA. ¡Desecha el vano temor
que en tu espíritu se encierra,
que contra el cielo y la tierra
te defenderá mi amor!...

AB.-HU. *(Estrechándola en sus brazos.)*
Es verdad... ¡Tu amor ha sido,
en mi sendero de abrojos,
espejo fiel que mis ojos
para mirarse han tenido!
¡La única flor perfumada
que sus piedades ha abierto
en el árido desierto
de mi vida desolada!

ZAHA. *(En un arranque de cariño.)*
¡Y mi amor tan grande es,
que si tu rigor dijera
que muriese, sucumbiera,
bendiciéndote, a tus pies!

AB.-HU. *(Dulcemente.)* ¿Tanto me quieres, Zahara?

ZAHA. ¡Mi propio amor me da miedo!

AB.-HU. ¿Y si yo te traicionara?

ZAHA. Te matara... ¡y me matara!,
¡que vivir sin ti no puedo!
¡Mas en tanto que latir
sienta la sangre en mis venas,
nadie podrá destruir
estas amantes cadenas!...
¡A mi amor puedes pedir
el sacrificio mayor,
que por ti yo sabré hacer
lo que ninguna mujer

hizo nunca por su amor!
¡Si de esta pasión sincera
cansado, señor, te sientes,
como un lobo a una cordera
desgarra mi vida entera
con tus uñas y tus dientes!...
¡Mas si tu amor me traiciona,
cara vengarme, seré
como una hambrienta leona,
y matando, moriré!

AB.-HU. ¡Así mi orgullo te quiere, *(Acariciándola.)*
hija de esa raza ciega,
que cuando al amor se entrega
por él mata y por él muere! *(En tono de reconvención.)*
¡Mas nunca quieres contarme,
Zahara, a lo que has venido!

ZAHA. ¡A verte a ti, y a vengarme
del hombre que me ha ofendido!
¡Su rastro y tu amor seguí,
y mira tú qué alegría,
que hallé la venganza mía
a tiempo de hallarte a ti!
¡Y hoy, al par que acariciar
las mejillas de mi amor,
podrán mis manos vengar
a mi padre y a mi honor!

AB.-HU. *(Con interés.)* ¿Cómo a esta tierra llegaste?
¿Cómo tu padre murió?...

ZAHA. ¡Escucha lo que pasó
cuando el Albaicín dejaste!
Aun sonaban destemplados
vuestros roncos atambores,
cuando en nuestra plaza, osados,
penetraron los soldados
de don Alvaro de Flores.
Gritos, gemidos y quejas...
De cuando en cuando la luz
de algún tiro de arcabuz
filtrándose por las rejas...
Yo, en mi estancia, arrodillada,
al cielo piedad pedía,

cuando oí que desgonzada
mi puerta al suelo venía.
Mi padre, desesperado,
salió, blandiendo el acero...
¡ Oí su grito, un grito ahogado,
que en vano olvidarlo quiero,
pues aquí quedó clavado ! *(Señalando el corazón.)*
Una espuela resonó,
me desplomé en un diván,
y en la puerta apareció
don Alvaro, el capitán...
Y de lo que aquí pasó
ya no quieras saber nada...
¡ Un anciano que moría,
una mujer deshonrada...
y un rufián que sonreía
y por la escalera huía
sin chambergo y sin espada !

AB.-HU. ¡ Sigue !

ZAHA. *(Con rabia sorda.)*
¡ Si yo misma pierdo
la memoria del pasado !...
Tan solamente recuerdo,
que con el traje rasgado
y flotante a la caricia
del viento la blanca toca,
apellidando justicia
anduve como una loca.
La gente, al verme pasar
de terror se estremecía ;
y así, ciega de pesar,
llegué a la Chancillería
y en la sala quise entrar.
Mis gritos y mis razones
los soldados desoyeron,
y hasta el paso me impidieron,
arrojándome a empellones.
Y viendo que a la severa
justicia que apellidaba
ninguno me contestaba
como si nadie la oyera,
sentí renacer la brava

fiereza del pueblo mío
dentro de mi corazón,
y en un arranque sombrío
de mi desesperación,
como aquel que un desafío
al mundo y al cielo lanza,
rugí en furioso ademán :
—¡ Puesto que del capitán
justicia aquí no me dan,
yo sabré tomar venganza !...—

AB.-HU. ¿Y después?

ZAHA. *(Con vehemencia.)* Pensando en ti,
de la ciudad me salí,
encaminando al acaso
por esos montes mi paso...
Supe que estabas aquí,
y aquí a buscarte llegué...
Una morisca que huía
a la montaña, tenía
este mesón ; me quedé
con él, por ventura mía,
y por cristiana pasé.
(Con feroz alegría.) ¡ La venganza que soñaba
hoy ha venido a mi mano,
cuando menos lo esperaba,
porque ya me imaginaba
que hube de jurarla en vano :
que entre las gentes que van,
señor, en tu seguimiento,
y aquí alojadas están,
he encontrado al capitán,
al capitán de mi cuento !

AB.-HU. ¡ Será vengarte mi orgullo !
(Con pasión.) ¡ En este brazo confía,
que si mi cariño es tuyo,
tu venganza será mía !
Y a ese traidor capitán
que aquí nos trajo la suerte,
muerto a tus pies lo verán
esos ojos, que me dan,
cuando me miran, la muerte. *(La estrecha.)*

ESCENA XI

Dichos y doña Isabel de Mercado.

(En el banco, cerca de la mesa, permanecen abrazados Aben-Humeya y Zahara, a la dudosa luz del velón. Doña Isabel aparece por el arco primero de la izquierda, pálida y temblorosa.)

ISAB. *(Dentro.)* ¡Favor! ¡Socorro!
(Los amantes se separarán sorprendidos.)

AB.-HU. ¿Has oído?
(Se alzan. Doña Isabel entra precipitadamente y se dirige a Aben-Humeya.)

ISAB. ¡Amparo! ¡Por Dios, valedme!

AB.-HU. ¿Qué tenéis?

ISAB. ¡Presto, escondedme!
(Se arrodilla.) ¡Arrodillada os lo pido!
(Se abraza a las rodillas de Aben-Humeya.)

AB.-HU. *(Alzándola.)* ¿Qué os pasa, señora mía,
que aquí os entráis asustada,
como corza acorralada
por una hambrienta jauría?

ISAB. *(Con las manos tendidas.)*
¡Si ocultarme no queréis,
me encontrarán!...

AB.-HU. Mas, ¿qué os pasa?

ZAHA. *(Reconociéndola.)*
Doña Isabel, ¿qué tenéis?

ISAB. *(Precipitadamente.)*
Han asaltado mi casa...

ZAHA. ¿Quiénes?

ISAB. ¡Mis perseguidores!

AB.-HU. *(Contemplando avaramente la belleza de doña Isabel.)* ¿Quiénes fueron tan osados?

ISAB. *(Temblando.)* ¿Quiénes fueron?... ¡Los soldados de don Alvaro de Flores!

ZAHA. ¿Don Alvaro ha sido?

ISAB. *(Temblando.)* ¡Sí!

ZAHA. *(Con firmeza.)* ¡Calmaos, doña Isabel,
que no hallaréis contra él

mejor refugio que aquí ;
pues aquí vuestra hermosura
estará con su ley
más guardada y más segura
que en el palacio del rey !

AB.-HU. *(Tranquilizándola.)* ¡ Contad !

ISAB. Sola en mi morada
diligente disponía
la cena que preparada
para el capitán tenía,
cuando éste, de repente,
en mi estancia penetró,
y ayudado por su gente
arrebatarme intentó...
La luz luchando apagué
y de sus brazos huí...
Por la ventana salté
a ese patio... aquí llegué...
(Arrodillándose de nuevo.)
¡ Tened compasión de mí !

ZAHA. ¡ Calmaos, doña Isabel !
¡ Estáis segura !

ISAB. *(A Aben-Humeya.)* ¡ Salvadme,
si sois cristiano, o matadme
antes de entregarme a él !
¡ Vedme a vuestros pies rendida !...
¡ Mi honor salvadme, señor,
que entre el honor y la vida
lo primero es el honor !...

AB.-HU. ¡ Segura podéis estar,
si mi acero os acompaña,
aunque os vengan a buscar
todos los tercios de España !...
¡ Y quién, siendo caballero,
ha de dejar, vive Dios,
sin que le ampare su acero
a una dama como vos. *(La alza.)*

ESCENA XII

Dichos, y luego *Don Alvaro, Vilches* y *Peláez.*

PELA. *(Fuera.)* ¡De la linde por el muro
al mesón se habrá corrido,
pues por la puerta yo os juro
que la dama no ha salido!
(Al oír las voces, Zahara y Aben-Humeya permanecen inmóviles escuchando. Doña Isabel se refugia entre ellos.)

D. ALV. *(Fuera.)* ¡Pues llamad en el mesón! *(Suenan fuertes aldabonazos.)*

PELA. ¡Abrid, abrid, mesonera!...
(Zahara interroga con la vista a Aben-Humeya. Doña Isabel le coge las manos, suplicante.)

ISAB. ¡No abráis, por Dios!...

AB.-HU. *(A Zahara.)* ¡Abre!
(Zahara se dirige a la puerta. Aben-Humeya la detiene con un gesto. Doña Isabel tiembla de espanto.)
¡Espera!
¡Antes llévate el velón!
(Zahara se lleva el velón por los arcos de la izquierda, y después se encamina a la puerta, en tanto que doña Isabel, con las manos suplicantes, implora a Aben-Humeya.)

ISAB. *(Con desesperación.)* ¡Me dejáis abandonada!

AB.-HU. ¿Quién, después de contemplaros,
es capaz de abandonaros?...
¡Señora, no temed nada!
¡Confiad podéis en dos
defensores; el primero,
en la justicia de Dios,
y después en este acero
que a desnudar voy por vos!
(Aben-Humeya la ampara, y permanece con ella en el segundo arco de la izquierda. Los golpes arrecian.)

VILCH. *(Fuera.)* ¡Abrenos! ¿No nos conoces?
ZAHA. *(Quitando la tranca.)* ¿Por qué tan fuerte llamáis?
¡Que yo estoy sorda pensáis
para darme tales voces!...
D. ALV. *(Fuera.)* ¡Abres, o la puerta arranca
mi furor!
ZAHA. *(Abriendo.)* ¡No ejercitéis
vuestras fuerzas, pues ya veis
que tenéis la puerta franca!
(Entran violentamente don Alvaro, Vilches y Peláez.)
D. ALV. *(A Zahara.)* ¿Aquí una dama se entró?
ZAHA. *(Soltando una carcajada.)* ¡Una dama!
D. ALV. *(Violentamente.)* A bromas tomas
lo que te pregunto...
ZAHA. *(Con energía.)* ¡Yo
soy poco amiga de bromas!
¡No insistid en tal simpleza,
que si no voy a creer
que ya de tanto beber
perdido habéis la cabeza!
D. ALV. *(Con furor.)* ¿Entró la dama? Responde...
Si ocultas, ¡voto a Luzbel!,
el lugar donde se esconde,
mis gentes con un cordel
de esta viga te ahorcarán...
AB.-HU. ¡Enciende luces, Zahara,
que quiero verle la cara
a tan bravo capitán!...
(Don Alvaro, Vilches y Peláez echan mano a la espada, sorprendidos. Zahara penetra por la alquería en busca del velón.)
D. ALV. *(Con arrogancia.)* ¿Quién habla?
AB.-HU. ¡Quien os oyó!
(Zahara entra con la luz. Aben-Humeya se adelanta al medio de la escena.)
¿Buscáis a la dama?
D. ALV. ¡Sí!
(Señalando a doña Isabel, que está arrodillada al pie de un arco, con las manos juntas tendidas al cielo.)

AB.-HU. Pues ya la tenéis aquí...
(Don Alvaro va a precipitarse sobre ella. Aben-Humeya se interpone.)
¡Pero la defiendo yo!...
D. ALV. ¿Quién sois?
AB.-HU. ¡Quien os matará!...
D. ALV. ¡Saber vuestro nombre quiero!
AB.-HU. *(Desnudando la espada.)*
¡Preguntádselo a mi acero,
que él por mí responderá! *(Don Alvaro tira de la espada.)*
¿La dama buscáis, señores?
¡Aquí está!... ¡Venid por ella!...
¡Mas la ampara Aben-Humeya
contra don Alvaro Flores! *(Se desemboza y aparece vestido ricamente a la morisca.)*
D. ALV. ¡Vive Dios que esto me agrada!...
¡Será doble mi partida,
pues con la dama y tu vida
terminaré mi jornada!... *(A los soldados.)*
¡Guardad los arcos, no huya! *(Avanzando hacia Aben-Humeya.)*
Tu cabeza y la doncella...
AB.-HU. ¿Mi cabeza?... ¡Ven por ella
antes que caiga la tuya!
D. ALV. ¡Te tengo ya en mi poder!
AB.-HU. ¡Tú sí que estás en el mío!...
D. ALV. ¡De tus alardes me río!...
AB.-HU. ¡Ahora lo vamos a ver! *(Por la plaza se ven cruzar sigilosamente gentes armadas.)*
D. ALV. ¡Peláez, a la gente avisa! *(Sale Peláez. Vilches queda vigilando la puerta.)*
AB.-HU. ¡Será tarde, porque están
en mi poder, capitán,
y no volverán de misa! *(Resuena de pronto un redoble de atambores. La plaza se anima. Gentes con antorchas cruzan de acá para allá. Todo rapidísimo.)*
¿No escuchas el resonar
de los roncos atambores,
los gritos y los clamores
que levantan a la par

vencedores y vencidos?...
¡Son mis valientes hermanos
que vengan en los cristianos
los ultrajes padecidos!

VOCES. *(Fuera.)* ¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya! *(El vocerío aumenta. La fachada del templo empieza a arder.)*

PELA. *(Con la espada desnuda, apareciendo en la puerta y dirigiéndose al capitán.)*
¡Huid! ¡Nos pasan a cuchillo!

ISAB. *(Cayendo de rodillas con las manos tendidas al cielo.)* ¡Piedad, Señor!

AB.-HU. *(Con supersticiosa ansiedad.)* ¡Ya mi estrella
comienza a esparcir su brillo!

D. ALV. ¡Puesto que a morir me obliga
mi destino adverso hoy,
moriré como quien soy
teñido en sangre enemiga! *(Se dirige con la espada desnuda a la puerta. Aben-Humeya se le interpone.)*

AB.-HU. ¡No hay salida!... ¿Dónde va?

D. ALV. Hay una...

AB.-HU. *(Presentándole la espada.)* Y está cerrada.

D. ALV. ¿Quién me la cierra?

AB.-HU. Mi espada...

D. ALV. ¡Pues mi espada la abrirá! *(Al ir a acometerle se interpone Zahara con el arcabuz que habrá tenido preparado durante la anterior relación. Se lo echa a la cara.)*

ZAHA. *(A Aben-Humeya, que intenta detenerla.)* ¡Aparta!
Su vida es mía... *(Dispara el arcabuz.)*

D. ALV. ¡Traición! *(Cayendo.)*

AB.-HU. Zahara, ¿qué has hecho?

ZAHA. La bala le entró en el pecho...
¡Tengo buena puntería! *(Tendiendo los brazos al cielo.)*
¡Padre, con mi propia mano
tu noble sangre vengué
en la sangre del cristiano!...

D. ALV. ¡Ay, me muero! *(Agonizante.)*
(Zahara se inclina sobre el herido clavando en los ojos, que ya empieza a vidriar la muerte,

sus pupilas. El resplandor del incendio del templo ilumina trágicamente la escena. Aben-Humeya, de pie, de espaldas a la puerta, y doña Isabel, de rodillas, bajo el segundo arco de la izquierda, contemplan inmóviles la escena. En la plaza se oye el vocerío de la multitud.)

ZAHA. ¡Mírame!
¡Mi venganza llegó al fin!
¡Contémplame bien la cara,
y acuérdate de Zahara,
la mora del Albaicín!

TELÓN

ACTO TERCERO

Las almenas de un castillo en Válor, desde donde se divisa, al fondo, el magnífico y salvaje panorama de la sierra, pródigo en valles fértiles, bosques frondosos y picachos nevados. A la izquierda, en primer término, un alto y fuerte torreón, al cual se penetra por un arco del más puro estilo árabe. En el lienzo del torreón, un ajimez con espesas celosías de colores. A la derecha, una amplia puerta de herradura que conduce a la explanada del castillo. Es media tarde.

ESCENA I

Zahara y *Aben-Humeya.*

(Aben-Humeya aparece apoyado en las almenas, contemplando las cumbres lejanas, como siguiendo el vuelo de un sueño muy vago y muy remoto. Zahara, a su lado, como queriendo arrancarle de aquella contemplación.)

ZAHA. *(Insinuante, anhelando penetrar en lo más íntimo de sus pensamientos.)*
¿Qué voraces y ocultas pesadumbres
tu corazón devoran hoy, que impera

el orgullo triunfal de tu bandera
sobre la nieve de estas altas cumbres?
Después de quince lunas de combate,
donde al cristiano, sin cesar, venciste,
¿acaso en toda la Alpujarra existe
algún lugar que tu poder no acate?
Bajo tu alfanje se humilló Castilla;
tu gloria en todo su esplendor destella,
¡y más que el sol en el cénit, tu estrella,
sobre estos montes victoriosa brilla!
Delante de tus bandos de monfíes
y tus bravas escuadras de africanos,
como palomas ante los neblíes,
huyen y se desbandan los cristianos. *(Queriendo romper el hondo silencio de Aben-Humeya.)*
Mas ¿qué empaña la luz de tu mirada?
¿Qué te falta, señor?

AB.-HU. *(Como respondiendo a sus propias interrogaciones.)* Le falta una
perla al regio collar de mi fortuna...

ZAHA. ¿Una perla le falta? *(Con extrañeza.)*

AB.-HU. *(Con voz profundamente emocionada.)*
¡Mi Granada!
Sólo por ella me lancé a la guerra;
por romper su prisión... *(Como si la ciudad remota y querida se alzase ante sus ojos, corporizada en sus propios sueños.)*
¡Juntos daría
todos, todos los reinos de la tierra,
por mirarte otra vez, Granada mía!... *(Queda un momento con la frente apoyada entre las manos, con los ojos cerrados, como para ver mejor en el fondo de su alma la visión que le obsesiona.)*

ZAHA. *(Queriendo reanimarle, embriagándole con el sueño heroico y sonoro de sus palabras evocadoras.)*
Pues pronto, del cristiano vencedores,
blandiendo al sol desnudos los aceros,
penetrarán en ella tus guerreros
a compás de tus roncos atambores...
¡Coronarán sus muros tus valientes,
y otra vez en sus mágicos confines

resonará la voz de los muezines
llamando a la oración a los creyentes !...
¡ De nuevo alegrarán nuestras miradas
las gloriosas enseñas islamitas,
y el estandarte de los Omniadas
sobre las torres de sus cien mezquitas !...
¡ Y a la azul claridad de los luceros,
a compás de las músicas gimientes,
entre el perfume de los pebeteros
y el suspirar callado de las fuentes,
otra vez, en los patios de la Alhambra,
las odaliscas de tu harén, cautivas,
sus velos rasgarán, en las lascivas
fiestas de luz de la morisca zambra !... *(Reparando en la indiferencia desdeñosa de Aben-Humeya, que continúa como ajeno a sus palabras; cambiando de tono, con dolorosa humildad.)*
¿En qué, señor, tu esclava te ha ofendido,
que de tus ojos ni siquiera una
mirada su presencia ha merecido?

AB.-HU. ¡ Aparta ! ¡ Déjame ! *(Rechazándola.)*

ZAHA. *(Aproximándose nuevamente, sollozante.)*
Pero, ¿qué tienes,
que hasta escuchar mi voz te causa enojos?...
¡ Siempre en tus labios para mí desdenes
y siempre duros para mí tus ojos !

AB.-HU. *(Fríamente.)*
¡ Calla, Zahara !... ¿Para qué te empeñas
en amargar mi vida a todas horas,
con esas necias lágrimas que lloras
y esos vagos recelos con que sueñas?
¿De qué te quejas, di?...

ZAHA. ¡ De tu desvío !...
¡ Del injusto rigor con que me hiere
tu ingratitud !... ¡ De que mi amor se muere,
en tu cansado corazón, de hastío !
(Del ajimez del torreón descienden lentamente las notas de un laúd. Ambos se quedan inmóviles, clavando los ojos en la celosía.)

ISAB. *(Cantando dentro.)*
«Ausente del bien que adoro,
en tierra de infieles vivo

como un ruiseñor cautivo,
en una jaula de oro.
Y sin esperar consuelo
en su dorada prisión,
como una flor entre el hielo
se muere mi corazón...»

AB.-HU. *(Como quien despierta de un sueño, dirigiéndose a Zahara.)*
¡Oh, qué dulce canción! ¿Has escuchado
algo más dulce que esa cantinela?

ZAHA. *(Conmovida también al encanto doloroso de la música.)* ¿Qué ruiseñor agonizó de pena?

AB.-HU. *(Sin poder reprimir su entusiasmo.)*
¿Qué ruiseñor?... ¡Doña Isabel Mercado!...

ZAHA. *(Al oír el nombre de la rival odiada, retrocede, como quien ve dentro, al inclinarse a beber en la fuente, la víbora que le acecha entre los juncos de la orilla.)* ¡Ella siempre!... ¡Maldita la sirena que tu amor y mi dicha me ha robado!... *(Su voz tiene estridencias de odio. Sus ojos relampaguean de rencor y adquiere de súbito un aire hostil y agresivo que contrasta violentamente con la humildad anterior.)*

AB.-HU. ¡Cállate!... *(Violentamente, como si una mano cruel e indiscreta le oprimiera, hasta hacerle sangrar una llaga oculta.)*

ZAHA. *(Exaltándose en su rencor, con los puños crispados y los dientes rechinantes, como si desgarrase las palabras.)* ¡No amordaces mis anhelos!
¡Deja que en gritos mi furor estalle!
¿Cómo quieres, señor, que el labio calle
cuando se rompe el corazón de celos?...
¡Mi amor ha de triunfar de esa cristiana!
No vencerá doña Isabel... ¡Lo juro!

AB.-HU. *(No pudiendo reprimir la cólera que le produce la profanación y amordazando con su mano los labios osados.)*
¡Cállate, infame, que ese nombre puro
al pasar por tus labios se profana! *(La sujeta violentamente por un brazo, dominándola con la fiereza de su gesto y la agresiva fulminación de la mirada.)*

¿Qué eres tú? ¿Quién franquicia te concede
a inquirir de mi vida en el arcano,
mísera flor de harén, a la que puede,
cuando le plazca, deshojar mi mano?...
¡Hunde el polvo tu arrogancia fiera
y respeta el secreto que atesoro!... *(Zarandeándola amenazante.)*
¡Ay de ti, miserable, si quisiera
tu aliento empañar a la mujer que adoro!
(Zahara va a hablar. Aben-Humeya le indica silencio con un gesto.)

ZAHA. *(Agitándose convulsivamente como una agonizante.)* ¿Cómo callar, si siento en mis entrañas,
hundiendo en mí sus corvos aguijones,
más víboras hambrientas y escorpiones
que esconden esas ásperas montañas?

AB.-HU. *(Frenético de ira.)*
¡Ponle freno a tu voz!... Calla y olvida
la íntima llaga que en mi pecho escondo.
¡Una palabra más... y no respondo
de no ahogarla en mis manos con tu vida!

ZAHA. *(Retrocediendo espantada, con toda la feroz ironía de su impotencia.)* ¿Tanto la amáis?

AB.-HU. *(En un arranque de pasión, como quien desborda una copa colmada.)* ¡Para obtener siquiera
una sonrisa suya, una mirada,
todo mi triste corazón le diera:
hasta el trono de oro de Granada!

ZAHA. *(Espantada y envidiosa al mismo tiempo de aquella pasión.)* ¡Me lo dices a mí!...

AB.-HU. *(Sin oírla, como hablando consigo mismo.)*
Desde el momento
en que la vi, sentí que florecía
dentro del corazón un sentimiento
de eternidad... Su imagen de alegría
y de ambición mi juventud ha henchido;
y fuera de ella, para mí no existe
sino la sombra y el silencio, ¡el triste
reino de las tinieblas y el olvido!
¡Es mi supremo bien!... ¡Sólo por ella
mi ardiente corazón encuentra bríos

para luchar contra la infausta estrella
que fué siempre enemiga de los míos!...
(Resuena un redoble de atambores cercanos.)

ZAHA. *(Irguiéndose, desafiante, como si aquel redoble guerrero despertase en lo más hondo de sus entrañas la altivez indomable y toda la salvaje y violenta acometividad de su raza.)*
Cuando al amor le roban la esperanza,
para poder vivir y alimentarse
sólo le queda un fruto: ¡la venganza!
¡Y juro que mi amor ha de vengarse!...
(Quedan un instante los dos frente a frente, agitados por el torbellino de sus pasiones llameantes y encontradas, tal un león y una pantera que recogen sus fuerzas y las disponen para el último choque. Resuenan más cerca los atambores. Ben-Alguacil aparece por la puerta de la derecha, inclinándose ante Aben-Humeya.)

ESCENA II

Dichos, Ben-Alguacil y el Habaquí.

ALGUA. Banderas turcas señaló el vigía.
Las gentes de Huezín tornan triunfantes.
Por las abruptas sendas de esta umbría *(Señalando al foro.)*
se ven trepar las huestes, y ondeantes
desplegarse a los vientos las enseñas...
¡Y el eco multiplica los clamores
de sus roncas trompetas y atambores
por las concavidades de esas breñas!...
(Aben-Humeya, el Habaquí y Alguacil se dirigen al fondo a observar desde las almenas. Zahara se les va acercando poco a poco, como atraída por algo irresistible, superior a su voluntad, y observa también.)

ALGUA. *(A Aben-Humeya, señalando con la mano bajo las almenas.)* ¡Ve, señor! Entre una nube
de polvo, la brava gente
de Huezín, triunfante sube
por esa larga pendiente.

HABA. *(Señalando también.)* ¡Qué tristes y pensativas,
agobiadas por sus penas,
van las cristianas cautivas
arrastrando sus cadenas!

AB.-HU. *(Conmovido por el cuadro trágico que pasa ante sus ojos.)* ¡Allí vienen entre ultrajes,
denuestos y maldiciones,
descalzas y hechos jirones
los mantelos y los trajes!
Hincha el dolor sus gargantas;
sus rizos desgreña el viento,
y en donde posan las plantas
dejan un rastro sangriento.
¡Resbalan por el espanto
de sus mejillas hundidas
el llanto de sus heridas
y la sangre de su llanto.
¡Y así suben el sendero,
por las picas aguijadas,
como reses destinadas
a morir al matadero!

HABA. *(Profundamente conmovido también.)*
¡Su estado es tan lastimoso
y es tal su desolación,
que al pecho más doloroso
se le oprime el corazón!

ALGUA. ¡Lo mismo que esas cristianas
sufriendo iguales pesares,
cruzarán nuestras hermanas,
desterradas de sus lares,
las estepas castellanas!

HABA. Más la piedad... *(Volviéndose a Alguacil.)*

ZAHA. *(Atajándole, con la voz áspera, vibrante de rencor.)* ¿Quién la siente
cuando grita el ciego enojo
de nuestra venganza: —Diente
por diente y ojo por ojo?
¡No puede haber compasión!
(Con rencorosa intención, mirando a Aben-Humeya, pero hablando con el Habaquí.)
¡Pídele tú a la leona
que perdone al que a traición

le arrebató su león...
y verás si le perdona!
(Resuenan atambores por la derecha. Todos se vuelven. Sólo Aben-Humeya permanece en el fondo.)

ESCENA III

Dichos, Huezín (capitán turco), *Aben-Abóo* (caudillo morisco), *capitanes, soldados* y *cautivas*. Por el arco derecho penetran *Huezín* y *Aben-Abóo,* seguidos de los *capitanes.*

(Las cautivas, custodiadas por los soldados, se detienen un instante bajo el arco. Aben-Humeya se vuelve a los que entran. Todos se inclinan y abaten armas.)

HUEZ. *(Adelantándose.)* ¡El cielo os guarde, señor!
AB.-HU. ¿Qué tal fué la empresa, Huezín?
HUEZ. *(Con dureza.)* ¡Si ha sido bueno el botín
la matanza fué mejor!
Victoriosas y altaneras,
dando a los infieles caza,
llegaron nuestras banderas
hasta los muros de Baza...
¡Y mis valientes guerreros
de matar tantos cristianos,
cansadas tienen las manos
y mellados los aceros!
(Señalando a las cautivas.)
¡Aquí tienes las cautivas!
ALGUA. *(A los capitanes.)* ¡Buena partida apresasteis!
HUERF. *(Sollozando.)* Si a nuestros padres matasteis,
¿por qué nos dejasteis vivas?
(Los capitanes se separan para dejar paso a las prisioneras. Vienen pálidas, desgreñadas y sangrientas. Las ropas hechas jirones, y los pies, descalzos. Toda la bárbara crueldad de la guerra se refleja en la miseria desoladora de su aspecto.)
HUEZ. *(Señalando a Aben-Humeya.)* Aquí está el rey...
ABOO. ¡Besad
el polvo que su pie huella!
SOLD. ¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya!

CAUTI. *(Cayendo de rodillas.)*
¡Piedad! ¡Justicia! ¡Piedad!...
¡Nos dejaron sin esposos,
sin padres y sin hermanos!

ZAHA. *(Con vengativa complacencia.)*
¿Acaso son los cristianos
con nosotros más piadosos?
¡En Jubiles y en Laroles,
en Feliz, Güejar y Ohones,
aun se lloran los desmanes
de los tercios españoles!...
(Las cautivas sollozan, prosternadas. Sólo la Demente permanece de pie, rígida como una amenaza. Sus ojos llamean y sus greñas parecen erizadas de espanto. Todo su aspecto hace sentir la frialdad marmórea del pánico.)

HUERF. *(Con las manos suplicantes tendidas a Aben-Humeya.)* ¡Después de darle tormento,
mi padre, señor, quemaron,
y a mí misma me obligaron
a echar su ceniza al viento!

OTRA. ¡Ante mi vista, un soldado
rasgó el seno de mi madre!...
¡Con el cuerpo de mi padre
a la ballesta han jugado!...

HERMA. ¡A mis hermanos clavaron
en la Peza, en una cruz!...

VIUDA. ¡A mi esposo me forzaron
a herir con un arcabuz!

DEMEN. *(Con los puños crispados, tendidos a Aben-Humeya, como amenazando a un fantasma. Su voz tiene la dureza impasible de la fatalidad.)*
¡Por tus infames acciones,
tirano, maldito seas!...
¡Que por tus propios sayones
asesinado te veas!
(Los soldados intentan golpearla, pero un gesto de Aben-Humeya los detiene.)

HUERF. *(Disculpándola.)* Perdió, señor, la razón...

VIUDA. ¡Cómo no la iba a perder,

si le dieron a comer
de su hijo el corazón !
(Aben-Humeya se estremece de horror, apartando los ojos de las cautivas, temeroso de que su emoción se exteriorice.)

AB.-HU. *(Al Habaquí.)* Las cautivas encerrad
en esa torre... *(Señalando el torreón de la izquierda.)*

CAUTI. ¡ Tened
de nosotras caridad !
¡ Perdón !

AB.-HU. ¡ Alzad ! *(Se vuelve al Habaquí.)*
¡ Atended
su sustento con holgura !...

CAUTI. *(Alzándose.)* ¡ Gracias, mil gracias, señor !...

ZAHA. *(Con rencor, viéndolas salir.)*
¡ Darles fuera lo mejor
en los fosos sepultura !

DEMEN. *(Volviéndose, al salir, hacia Aben-Humeya, en un ademán de maldición.)*
¡ Por tus infames acciones
será inflexible tu estrella !...
¡ Morirás, Aben-Humeya
a manos de tus sayones !
(Aben-Humeya se estremece, como si la sombra de un presentimiento cercano le rozase con sus alas de hielo. Las cautivas desaparecen por la puerta del torreón, precedidas del Habaquí y custodiadas por algunos soldados.)

ESCENA IV

Dichos, menos el *Habaquí*, las *Cautivas* y *Soldados*.

AB.-HU. *(A los capitanes.)* ¡ Vuestras banderas triunfantes
congregad para partir
esta tarde !...

HUEZ. *(Adelantándose.)* ¡ Señor, antes
mis quejas tienes que oír !...

AB.-HU. *(Sorprendido.)* ¿ Qué dices, Huezín ?

HUEZ. *(Con resolución.)* ¡Aunque
me taches, señor, de osado,
con rudeza de soldado
la verdad te contaré!
Las banderas africanas
que aquí conmigo vinieron,
y leales combatieron
contra las huestes cristianas
por libertad tu nación
y sostenerte en el trono,
se quejan de tu abandono...,
¡y se quejan con razón!
¡Las pagas que devengadas
en estas diez lunas llevan
aún no les fueron pagadas,
y contra mí se sublevan!...
¡Y si yo hubiera sabido
lo que me esperaba aquí
de Argel no hubiera salido,
pues para vivir así
combatiendo sin medrar,
mejor me valiera estar,
rizada al viento la vela,
en mi rauda carabela
pirateando en el mar!...

AB.-HU. *(Haciendo un esfuerzo terrible para refrenar su enojo.)* ¡Ve y tranquiliza a tu gente,
prometiéndole, Huezín,
que será suyo el botín.
(Con severa firmeza.)
¡Mas también hazles presente
a tus revueltos soldados
que en estas sierras vecinas
aún quedan robles y encinas
para ahorcar a los osados!
¡Y tú, si te amengua estar
militando en mis banderas,
puedes irte cuando quieras
de nuevo a piratear,
que a los moriscos de España,
para morir o vencer,

Huezín, no han de menester
ayudas de gente extraña !...
(Huezín se inclina, sumiso, ante la promesa del botín. Aben-Humeya se encara con los capitanes.)
¡ Capitanes, congregad
vuestras tropas y tomad,
antes del anochecer,
el camino de Motril !...
¡ Mis órdenes, Alguacil,
mañana os haré saber !...
(A Aben-Abóo.) Aben-Abóo, tú serás
quien mi estandarte reciba...
De jefe supremo vas...

CAPITA. ¡ Viva Aben-Humeya !... ¡ Viva !

ABOO. *(Inclinándose.)* ¡ Que Dios te guarde, señor !
(Despidiendo con un gesto a los capitanes y disponiéndose a salir por la izquierda.)
¡ Y a ver si en esta jornada
el camino de Granada
nos abre vuestro valor !
(Sale por la izquierda. Los capitanes desfilan por la derecha. Al ir a salir Alguacil, Zahara se interpone y lo detiene.)

ESCENA V

Zahara y *Ben-Alguacil.*

ALGUA. *(Sorprendido por la determinación de Zahara.)*
¿Por qué ante mí te presentas,
cuando sabes que al mirarte
las heridas mal cerradas
en mi corazón se abren?
(Con inquietud.) ¿Qué quieres de mí, Zahara?
¿Qué anhelas?...

ZAHA. *(Con resolución, clavando en él, para dominarle, sus grandes ojos negros.)* ¡ Tengo que hablarte !

ALGUA. *(Receloso.)* ¿Qué tienes que hablarme?

ZAHA. *(Aproximándose y dominándole con la mirada.)*
¡ Escucha !
¿Aun en tus entrañas arde

ese fuego inextinguible
que, como en el alma nace,
vive con el alma eterno
y no hay frialdad que lo apague?...
(En voz baja.) ¿De Aben-Humeya tus celos
quieren, Alguacil, vengarse?

ALGUA. *(Sin poder reprimir su rencor.)*
¡Aunque tuviese en las venas
y en el corazón más sangre
que agua, juntos, en su seno
encierran todos los mares,
la sed voraz de mis odios
la agotara sin saciarse!
(Con recelo, mirando a todos lados, como temeroso de que le escuchen.)
¿Pero tú, para qué avivas
las pasiones infernales
que bajo las apariencias
de esta su misión cobarde,
adormidas y encubiertas,
pero no extinguidas, yacen
igual que bajo la nieve
de esos picachos gigantes,
crepitan, hierven y rugen
las llamas de los volcanes?
(Con desgarradora ironía.)
¿No te bastan los desprecios
con que a mi amor ultrajaste,
sino que, piadosa, quieres
darme muerte, porque sabes
que es sin tu afecto la vida
una carga intolerable?...
¿Vienes a encender mis odios
para después delatarme?...
(Con voz intensamente conmovida, mirándola con profunda emoción.) ¡Delátame a mi verdugo!
¡Haz que ruede, si te place,
a tus plantas mi cabeza!...
¡Pisotéala, como antes
todas las dichas del mundo
con mi amor pisoteaste,
que al sangrar bajo tus plantas,

siempre ardientes y leales,
mis pobres labios crispados
se abrirán para besarte!

ZAHA. ¿Tal me juzgas, que me crees
capaz de acción tan infame?
(Con todo el furor reconcentrado de su orgullo herido.) ¡No vengo a avivar tus iras
para después delatarte,
sino a fundir con tus odios
mis odios, que aun son más grandes
para que juntos y a un tiempo
sobre su vida derramen
la ponzoña de tus víboras
y el veneno de mis áspides!
¡Nunca, Alguacil, del desierto
en los secos arenales,
por la sed enloquecidos
y azuzados por el hambre,
su presa con tanta rabia
devoraron los chacales,
como los celos que siento
el corazón devorarme!...
¡Si yo con su amor, voluble,
burlé tu pasión constante,
él por la esclava cristiana
mayor la afrenta me hace,
que siempre es mayor la afrenta
cuando el cariño es más grande!

ALGUA. *(Con salvaje alegría.)* Por fin te llegó la hora...
¡Gracias al cielo que sabes
cómo nos duelen y sangran
las heridas incurables!
¡Cómo las hiedras, que trepan
y se enroscan a los árboles,
y a medida que las ramas
sin savia, marchitas, caen,
más lozanas y más verdes
sus cabelleras esparcen,
así los celos se enroscan
al pecho de los amantes,
y no hay hacha que los corte
ni mano que los arranque,

que después de muerto el tronco
aun viven de su cadáver !...

ZAHA. ¡ Ya que tu afrenta y la mía
son afrentas semejantes,
hagamos que también sean
nuestras venganzas iguales !...

ALGUA. *(Con misterio, espiando por si lo oyesen.)*
¡ Su trono y su vida están
en mis manos... y en el aire...,
que lo que inventan los celos
no puede inventarlo nadie !
¡ En mis redes le he prendido
y de ellas no hay quien le salve,
porque envidias y recelos
sembré entre sus capitanes,
y lo que son nubes hoy
serán después tempestades !...
¡ Sólo una chispa hace falta
para que el incendio estalle !...
¡ Y como estalle el incendio,
ni el cielo podrá salvarle !
(Al mirar recelosamente a un lado y otro advierte la presencia de doña Isabel en el arco de la izquierda. Se vuelve a Zahara y le señala el arco.)
Aquí viene la cautiva...
(Como si a la evocación de la enemiga una idea terrible se apoderase de ella.)

ZAHA. *(Imperiosamente a Alguacil, señalándole la puerta de la derecha.)* ¡ Vete !

ALGUA. *(Dudando.)* ¿ Qué intentas?

ZAHA. *(Como quien toma una resolución inquebrantable.)*
¡ Hablarle !

ALGUA. *(Receloso.)* Mas advierte...

ZAHA. *(Con el brazo tendido hacia la puerta, en un gesto de irreductible firmeza.)* ¡ Vete presto !...
¡ En esa explanada aguárdame,
y verás cómo se vengan
las gentes de mi linaje !
(Sale Alguacil por la derecha. Doña Isabel aparece, como ajena a todo cuanto le rodea, en el arco de la izquierda. Al verla Zahara da un gri-

to y tiende los brazos al cielo, como pidiendo fuerzas para realizar sus designios.)
¡Venganza, azuza tus dardos;
odio, afila tus puñales,
que las ofensas de amor
sólo se borran con sangre!

ESCENA VI

Zahara y *doña Isabel*

ZAHA. *(Deteniendo a doña Isabel, que avanza hasta el centro de la escena, abstraída en sus pensamientos.)* ¡Cristiana, detente! Mira
mis ojos... ¿Qué ves en ellos?
ISAB. *(Sobresaltada ante el mirar relampagueante de Zahara.)* ¡Déjame pasar!... ¡Aparta!...
ZAHA. *(Cortándole el paso.)* ¿Huyes de mí?
ISAB. *(Retrocediendo con ingenua timidez.)*
¡Me das miedo!...
¡Tu rostro es el de un cadáver,
y tus ojos echan fuego!...
ZAHA. *(Aproximándose, desgarrando las palabras entre sus dientes.)* ¡Es el odio en que me abraso,
que, no cabiendo en mi pecho,
se me escapa por los ojos!...
¡Ve cómo estaré por dentro!
ISAB. *(Espantada.)* ¿Odias?
ZAHA. *(Con risa sarcástica.)* ¡Y tú lo preguntas
siendo causa de este incendio!
¡El volcán que me devora
es de odio y de celos!...
(Transfigurada de rencor.)
¡Celos de ti, vil cristiana,
y odio a ti!... ¡Y al par me siento
por el infierno abrasada
y yo abrasando al infierno!
¡El odio que en nuestras razas
enemigas encendieron
ocho siglos de continuos
combates a sangre y fuego,
en mi ruge con la rabia

de un león en el desierto !...
¡ Y los celos en que ardo
son tales y tan violentos,
que extraño que ya en cenizas
no hayan trocado mi cuerpo !...
(Irguiéndose amenazante.)
¡ Maldita la noche aquella
en que en Cádiar, bajo el techo
de mi mesón te acogiste !...
¡ Más te valiera haber muerto
quemada, como en la iglesia
tus hermanos sucumbieron,
que morir dentro de mí
devorada por mis celos !
(La sujeta violentamente.)

ISAB. *(Forcejeando por escapar.)*
¡ Apártate !... ¡ No te acerques,
que me profana tu aliento ! *(Cae de rodillas. Zahara saca un puñal del seno.)*
¡ Piedad ! ¡ Amparo ! ¡ Socorro !...
¡ Valedme y salvadme, cielos !...

ZAHA. *(Alzando el puñal para herirle. Aben-Humeya aparece en el arco de la izquierda.)*
¡ Ya verás cómo se vengan
las leonas del desierto !

ESCENA VII

Dichas y *Aben-Humeya.*

AB.-HU. *(Deteniendo el brazo de Zahara cuando va a herir a doña Isabel.)* ¡ Atrás, Zahara ! *(La rechaza.)*
¿ Qué intentas?

ZAHA. *(Forcejeando por librarse de Aben-Humeya, como la fiera a quien arrebatan la presa.)*
¡ Vengarme de tus desprecios !

AB.-HU. *(Oprimiéndole la muñeca hasta obligarle a soltar el hierro.)* ¡ Suelta el puñal si no quieres
que su fino y corvo acero,
en vez de hundirse en el suyo,
se hunda hasta el pomo en tu pecho !...
(Zahara da un grito. Aben-Humeya se vuelve y tiende la mano galantemente a doña Isabel.)

¡Alzad, señora!
(A Zahara, imperiosamente.) Y tú pronto,
de rodillas!... ¡Besa el suelo
que ella pisa!...
(La vuelve a sujetar nuevamente para obligarla.)

ZAHA. *(Retorciéndose de desesperación.)* Dadme muerte,
si es que la muerte merezco,
porque la muerte mil veces
a esta humillación prefiero!

AB.-HU. *(Casi doblándola.)* ¡Pronto; pronto de rodillas!

ZAHA. *(Mirándole con toda la desesperación de su impotencia.)* ¿Tú lo quieres?

AB.-HU. *(Dominándola con la fiereza de sus ojos.)*
¡Yo lo quiero!

ZAHA. *(Sollozando, casi vencida.)* ¿Me humillas así?

AB.-HU. *(Duramente.)* ¡Te humillo!

ISAB. *(Interceciendo.)* ¡Perdonadla!

ZAHA. *(Que estaba ya rendida, con las rodillas casi dobladas, hace un esfuerzo supremo y se yergue de nuevo amenazante.)* ¡Yo desprecio
perdón que de ti me venga!...
¿De ti?... ¡Ni la vida acepto!
¡Y si la vida me dieses
fuera tal mi sentimiento,
que por no deberte nada
me diera la muerte luego!...

AB.-HU. *(Avanzando amenazador. Zahara retrocede hacia la derecha como una fiera acorralada.)*
¡Calla o te pondré a tus labios
una mordaza de hierro!
Víbora que entre juncales
guarda oculto tu veneno,
¡ay de ti si nuevamente
en mi camino te encuentro!
¡Ay de ti si audaz te atreves
a empañar siquiera el cielo
de esos ojos!... ¡De una almena
mandaré colgar tu cuerpo
para que sacie las hambres
de los buitres y los cuervos!
(Lanza el puñal por una de las almenas.)
Apártate de mi vista...

ZAHA. *Retrocediendo de espaldas y saliendo por el arco de la derecha, reflejando en su voz y en su rostro toda la desesperación de su impotencia.)*
¡Vengad esta afrenta, celos!...

ESCENA VIII

Doña Isabel y *Aben-Humeya.*

(Hay un instante de silencio en el que los dos se contemplan profundamente conmovidos.)

ISAB. *(Rompiendo tímidamente el silencio.)*
Nadie más agradecida
os habrá de estar, señor,
porque dos veces la vida
le debo a vuestro favor.

AB.-HU. *(Contemplándola con honda y sincera emoción.)*
Cristiana, dime: ¿hasta cuándo
te envolverá esa tristeza,
pues si aumenta tu belleza
a mí me está amortajando?
¡Deja tus suspiros hoy,
que en mi enamorado afán,
celoso de ellos estoy...
porque no sé dónde van!
¡Aquí, a tu capricho, tienes
sedas, joyeles y oros,
que son tuyos los tesoros
que custodio en mis harenes!...
¡Y de esta tierra bravía
que de nieve se engalana,
serás la altiva sultana
siendo la sultana mía!...
¡Y mañana, cuando, fiera,
en las torres de Granada
flote, al viento desplegada,
la gloria de mi bandera,
tendrás para tu recreo
alcázares, camarines,
miradores y jardines
cual nunca soñó deseo!...

¡Y si eso no le bastara
a tu ciego frenesí,
una nueva Alhambra alzara
mi cariño para ti!...

ISAB. *(Con humilde sencillez.)*
¡Señor, a ofrecerme vienes
lo que alma no ambiciona,
que el peso de una corona
es mucho para mis sienes!
¡Más que Granada y su vega
y su Alhambra, yo prefiero
el recogimiento austero
de mi casa solariega,
y al amor de un soberano
el casto amor ejemplar
que el sacerdote cristiano
bendice al pie del altar!
¡Cesad en vuestra porfía, *(Suplicante.)*
y que os baste el confesaros
que si yo pudiera amaros,
don Fernando, os amaría!

AB.-HU. *(Con celosa ansiedad.)* ¿A otro amas?... Habla...
(Después de un corto silencio, con enérgica resolución.)

ISAB. Sí.
(Pequeña pausa. Aben-Humeya se estremece, como agitado por la impetuosa violencia de su raza.)

AB.-HU. *(Con desesperada amargura, refrenando su ira.)*
¡Y a declararlo te atreves
a quien la vida le debes
y su vida cifra en ti!...
¡A quien por ti despreciara
el trono de sus mayores,
y de su Dios renegara
en pago de tus favores!...
¿No sabes en tu anhelar,
que pudiera mi furor
a viva fuerza tomar
lo que me niega tu amor?...
¡Y si place a la fiereza
de mi orgullo soberano

puede rodar tu cabeza
a una señal de mi mano!

ISAB. *(Con resignada tristeza.)* Estoy en vuestro poder.
¡Por esclava me tenéis,
y podéis conmigo hacer
todo cuanto deseéis!...
Yo, tranquila, me someto,
señor, a tu voluntad...
¡Tan sólo os pido respeto!...
¡Mi triste amor respetad!
(Como disculpándose, con la voz velada por las lágrimas.) La noche maldita, cuando
me amparó vuestra hidalguía,
mi corazón, don Fernando,
ya no me pertenecía...
Mi honra vuestra acción salvara,
¡mas que no digan, por Dios,
que la defendísteis para
robármela luego vos!
¡Olvidadme, que el olvido
bálsamo será después!...
¡Por vuestros padres lo pido
sollozando a vuestros pies!
(Se postra de rodillas, regando con su llanto las plantas de Aben-Humeya.)

AB.-HU. *(Estremecido profundamente por el recuerdo del dolor paterno.)* ¿Por mis padres? ¡Qué irrisión!...
¡No sabes tú, desdichada,
que pudriéndose en Granada
están, en una prisión!...

ISAB. *(En un llamamiento desesperado de piedad.)*
¡Por tu Dios!

AB.-HU. ¡Mi Dios me lanza
al alma si te pierdo a ti,
que eres la sola esperanza
de la fe con que creí!

ISAB. *(Sollozando.)* ¡Por mi amargo padecer!
(Aben-Humeya, profundamente conmovido, la contempla con los ojos húmedos de lágrimas.)
¡Por las lágrimas que, huraña,
tiemblan en vuestras pestañas
sin atreverse a caer!...

AB.-HU. *(Después de una terrible lucha consigo mismo, como dirigiéndose a algo invisible cuya fatalidad siente en su corazón.)* Cúmplase la voluntad
omnímoda de mi estrella !...
¡ Otra vez, Aben-Humeya,
solo con la adversidad !
(Le tiende la mano a doña Isabel y la alza. Su voz tiene temblores de llanto.)
Si a mi cariño prefieres
el amor de otro doncel...,
desde ahora libre eres...
¡ Dios te bendiga, Isabel !...
¡ Y como dote de bodas,
y espero que lo recibas,
te regalo, Isabel, todas
esas cristianas cautivas !...
¡ Adiós, locas ambiciones !...
¡ Para mí sólo te pido
que no me des al olvido
al rezar tus oraciones !
¡ Y que si caigo algún día
con mi destino luchando,
llores por mí, vida mía,
como estoy por ti llorando !...
(Se queda un instante llorando con el rostro oculto entre las manos. Doña Isabel le contempla con profunda piedad.)

ISAB. ¡ No os olvidaré, señor,
y siempre estará mi vida
en deuda y agradecida
a tan inmenso favor !

AB.-HU. *(De pronto, bruscamente, como si se avergonzara de su propia debilidad y temeroso de que las fuerzas le abandonen.)*
¡ Disponed vuestra partida !
(Se acerca a la puerta de la izquierda y llama con voz de trueno.) ¡ Partal !

PART. *(Que aparece y se inclina en el umbral.)*
¡ Mi señor, mandad !

AB.-HU. *(Con los ojos clavados en el cielo, como pidiéndole fuerzas para el amante sacrificio.)*
¡ Adiós, esperanzas vanas !

(En voz alta, a Partal.) ¡A las cautivas cristianas
da en mi nombre libertad!
¡Y sin perder un momento,
con el escuadrón más fiel,
al cristiano campamento
escolta a doña Isabel. *(Sale Partal.)*

ISAB. *(Queriendo besarle la mano.)* ¡Gracias!

AB.-HU. *(Esquivando el beso y dejándola pasar por el arco.)* ¡Márchate, cristiana,
que aun eres mi tentación!
(Desaparece doña Isabel, dirigiendo antes una inmensa mirada de piedad a Aben-Humeya. Este la sigue con los ojos. Después intenta ir tras ella, pero se detiene un instante y vacila, apoyando la mano en el corazón.)
¡A toda pasión humana
te has cerrado, corazón!
(Se va lentamente por el arco de la izquierda.)

ESCENA IX

Zahara, sola.

(Entrando recelosamente por el arco de la derecha y mirando salir a Aben-Humeya, como si hubiese estado espiando la escena anterior.)
¡Todo, todo se ha acabado
para mí!... ¡Llora por ella!...
¡Me vengaré, Aben-Humeya,
como nadie se ha vengado!
¡No abrigues ni la esperanza
de aplacar ese furor,
porque será mi venganza
aun más grande que mi amor!

ESCENA X

Dicha, Alguacil y *Aben-Abóo,* que entran conversando *agitadamente por la derecha.*

ABOO. Yo le expondré los enojos...

ALGUA. ¡Será inútil, porque él

tan sólo ve por los ojos
de la cristiana Isabel!

ABOO. Yo le hablaré con lealtad...

ALGUA. *(Cortándole la palabra.)*
¡Nuestras quejas serán vanas!...

ZAHA. *(Aproximándose.)* ¿Qué pasa?

ALGUA. ¡Que a las cristianas
ha dado el rey libertad!

ABOO. Con la noticia tememos
que se revuelva la gente,
y hablar con el rey queremos...

ZAHA. *(En voz baja.)* ¡Le hablaréis inútilmente!
(Bajando aún más la voz, con profundo misterio.)
¡Se ha vendido a los cristianos
y a ellos nos quiere entregar,
para su vida salvar
a costa de sus hermanos!

ABOO. *(Protestando.)* ¡Es mi sangre, Aben-Humeya!
¡Respétala!

ZAHA. *(Con infernal complacencia.)* ¡Qué ilusión!...
¡Te manda a una expedición
para que mueras en ella!

ABOO. *(Fieramente, sin querer darle crédito.)* ¡Mientes!

ZAHA. *(Serenamente.)* ¿Que yo miento?... ¡No
verás el sol en Motril!...
¡Pregúntaselo a Alguacil,
que él lo sabe como yo!

ABOO. *(Ansiosamente, volviéndose a Alguacil.)*
¿Pruebas?

ALGUA. *(Dudando un momento, como quien dispone un plan.)* Te las daré luego...
(Con resolución, bajando la voz.)
¡Cuando esta noche, en Mairena,
te pueda mostrar el pliego
donde a muerte te condena!

ABOO. ¡Si me llegas a probar,
Ben-Alguacil, su vileza,
te juro que su cabeza
a mis pies ha de rodar!
(Se oye fuera un pequeño griterío. Los tres se vuelven hacia la derecha.)

ZAHA. *(Escuchando.)* ¿No oís?

ABOO. ¿Qué algazara en esa?
ALGUA. *(Mirando por el arco.)* ¡Parece que amotinados
aquí vienen los soldados
para reclamar su presa!
VOCES. *(Fuera.)* ¡Que nos dejen las cautivas
y entre todos se repartan!
(Los soldados, capitaneados por Huezín, invaden tumultuosamente la escena por la entrada de la derecha.)

ESCENA XI

Dichos, Huezín y *amotinados.*

ABOO. ¿Qué ocurre?
HUEZ. ¡Al rey ver queremos
y decirle, cara a cara,
que las cautivas de aquí
no se van... ¡Son presa franca
y a todos nos pertenecen!
AMOTI. ¡Como del castillo salgan,
aunque leones las guarden
serán nuestras!...
HUEZ. ¡Las espadas
no han de tornar a los cintos
mientras no se nos repartan! *(Todos asienten gritando.)*
ABOO. *(Con firmeza.)* Yo hablaré al rey, y os prometo
que no se irán...
ALGUA. *(Con resolución.)* ¡Vuestra causa
será nuestra!
ZAHA. *(Con salvaje alegría.)* ¡Ya comienza
a dar frutos mi venganza!

ESCENA XII

Dichos, Aben-Humeya, doña Isabel, el Habaquí, Fartal, cautivas y *arcabuceros* de la guardia real. Cuando es mayor el tumulto, *Aben-Humeya* aparece por el arco del torreón, seguido de *doña Isabel* y las *cautivas,* amparadas por los *arcabuceros*. La inesperada presencia del rey hace retroceder un instante a los rebeldes.

AB.-HU. *(Adelantándose solo, con un gesto dominador y magnífico.)* Moriscos, ¿qué pretendéis?
(Los amotinados se rehacen, cercando, amenazadores, a Aben-Humeya.)
AMOTI. ¡Que se reparta la presa!
HUEZ. ¡Que las cautivas nos deis!...
AB.-HU. ¡Será vana vuestra empresa!...
HUEZ. *(Amenazante.)* ¡No les darás libertad!
AB.-HU. *(Irguiéndose, en un arranque supremo de dignidad.)* ¡Y habéis llegado a creer
que el temor llegue a poner
frenos a mi voluntad!...
(Desafiante.) ¡A vuestra necia osadía
mi regio orgullo resiste,
que donde yo estoy no existe
más voluntad que la mía!
Nunca al miedo me rendí...
(A las cautivas, que tiemblan.)
Cautivas, libres estáis...
(Mostrando fieramente el pecho a las espadas de los rebeldes.) ¡Y a ver, moriscos, si osáis
hacer armas contra mí!...
(Los amotinados van retrocediendo. Algunos envainan los alfanjes.)
Todo el peso de mi ley
os haré sentir ahora...
(Se vuelve y le da galantemente la mano a doña Isabel.) ¡Mi mano tomad, señora!...
(Con imperio, a los amotinados.)
¡Abrid paso a vuestro rey!...
(Los rebeldes, dominados por su actitud, se in-

clinan ante Aben-Humeya, dejándole el paso libre y agrupándose temerosamente en el fondo. Desfila la comitiva. Primero doña Isabel y Aben-Hulas cautivas. Mientras resuenan añafiles y atambomeya, y tras ellos, entre dos filas de arcabuceros, res desciende lentamente el telón.)

TELÓN

ACTO CUARTO

Salón del palacio de Aben-Humeya, en Laujar. Al fondo, un amplio arco de herradura que da a un mirador, por cuyos calados ajimeces penetra la marmórea claridad del plenilunio. A la izquierda, una puerta. A la derecha, el alhamí real, cuyo arco de entrada cubre un rico tapiz de Oriente. En el segundo término, otra puerta. Divanes con almohadones bordados. Alcatifas fastuosas. Pebeteros en los ángulos. Lámparas moriscas.

ESCENA I

Aben-Humeya, reclinado en un diván cerca del alhamí. *Zoraida,* tañendo un laúd, al lado de Aben-Humeya. *Esclavas,* que acompañan la danza golpeando los panderos. *Zahara,* apoyada en el arco del mirador, palpitante de inquietud, como espiando en la noche algo que espera.

AB.-HU. *(Profundamente conmovido, como si el canto despertase en el fondo de su alma toda la amargura de su amor perdido.)* ¡Calla, calla esa canción
tan honda y tan dolorida!...
¿No ves que al tocar la herida
aún sangra mi corazón?
¡Tal tristeza en mí levanta
y tales sueños me evoca,
que parece que la canta
mi corazón por tu boca!...
¡Arranca sólo al laúd
dulces y amantes sonidos

que suspendan mis sentidos
y alegren mi juventud!
(Zoraida suspende la música. Aben-Humeya permanece un instante con la cabeza entre las manos profundamente abatido. Las danzarinas dejan de bailar. Aben-Humeya hace un esfuerzo para olvidar y aturdirse de nuevo. Levanta la vista buscando a Zahara.)
¿Dónde estás, Zahara?

ZAHA. *(Estremeciéndose al oír su nombre.)* Aquí..., mi señor...

AB.-HU. *(Incorporándose.)* ¿Pero qué hacías?
(Zahara se aproxima lentamente, como si temiera su mirada.)
¿Qué te pasa, que hace días
andas huyendo de mí?
¡Si te busca la mirada
te encuentro siempre cubierta
en tu almaizal, apostada
tras el tapiz de una puerta,
o cruzando tan ligera
por mis floridos jardines,
cual si a tus plantas ciñera
el silencio sus chapines!
Tiemblas si el labio te nombra;
a mi alrededor te veo
como una fiera en ojeo
agazapada en la sombra...
(Aproximándose y cambiando de tono.)
Tu voz tiene tal hechizo
que nos transporta al Edén...
¿Qué pena enmudecer hizo
al ruiseñor de mi harén?

ZAHA. *(Con voz sorda.)* Presa en mis recuerdos vivo;
mis ojos cegó el dolor...

AB.-HU. ¡Ruiseñor ciego y cautivo
es el que canta mejor!
¡Vuelve de nuevo a cantar
y tus recuerdos olvida,
porque es preciso en la vida
olvidar... y perdonar!

ZAHA. *(Con intención.)* En lo que pidas, tu sierva

te complacerá sumisa,
humilde como la hierba
que perfuma a quien la pisa.
¡Mas, ¡ay!, en mi corazón,
como a trición lo han herido,
no hay sitio para el olvido
ni lugar para el perdón!.

ESCENA II

Dichos y el *Habaquí,* que aparece por la puerta de la derecha.

HABA. *(Inclinándose al entrar.)*
¡Perdona, señor, si vengo
a importunarte!...

AB.-HU. *(Recobrando su imperio.)*
¿Qué pasa?
¿Mi guardia de arcabuceros
con el rumor de sus cajas
ya atruena el valle, y despierta
los ecos de esas montañas?...

HABA. A hablarte de eso venía...
Aun no ha llegado tu guardia,
y, por más que en ello pienso,
no me explico su tardanza.
(Zahara sigue atentamente el diálogo. De cuando en cuando se levanta, se asoma al ajimez y observa.)

AB.-HU. ¿No le enviaste las órdenes
al capitán que la manda?

HABA. ¿Cuándo dejó de cumplirse
orden que por ti fué dada?
¡Entregó mi propia mano
los pliegos esta mañana,
al soldado más leal
de los que en esta campaña
vertieron su sangre, bajo
las banderas de Granada!
Antes que la clara luna
esos valles plateara,
desfilar, señor, debieron

los soldados de tu guardia
delante de los floridos
ajimeces de tu alcázar.
¡Ya es más de la media noche,
y aun no anuncian su llegada,
en las cumbres, las hogueras
de las rojas atalayas!...
¡Y ve, señor, que el lugar
desguarnecido se halla!
Precaución hay que tener.

AB.-HU. *(Con misterio.)* Estando lejos de aquí
los cristianos, Habaquí,
¿de quién vamos a temer?

HABA. Si yo reinase, señor,
mucho más que a los cristianos
temiese a nuestros hermanos...
Es más temible el traidor
que en nuestra tienda se esconde,
y para herirnos procura
el sitio indefenso, donde
deja un hueco la armadura,
que el enemigo valiente
que en la contienda empeñada
hunde hasta el pomo, de frente,
en nuestro pecho su espada.

AB.-HU. *(Pensativo.)* ¡Tú piensas que pueda haber
algún peligro!...

HABA. ¡Lo creo,
porque hace tiempo que veo
lo que no quisiera ver!
Desde que les diste suelta
a las cautivas, la gente
murmura y anda revuelta,
y prevenirse es prudente...
En público y sin rebozo
se atreven a declarar
que eres demasiado mozo
y blando para reinar;
que al crisitiano nos engaña
tu ambición, y que prefieres
el lecho de tus mujeres
a la tienda de campaña,

y las músicas sutiles
de la guzla, a los clamores
de los roncos atambores
y los rudos añafiles !...
Cree, señor, a mi lealtad...

AB.-HU. *(Como si una sospecha repentina lo asaltase.)*
¿Pero sospechas de alguna?
¡Habla pronto !

HABA. En puridad,
de todos y de ninguno !...
La traición no tiene nombres...

AB.-HU. ¿Y en qué te fundas?...

HABA. ¡Me fundo
en que yo conozco el mundo
y el corazón de los hombres !

AB.-HU. *(Queriendo disipar sus temores, pero dejando traslucir las preocupaciones que le causan.)*
¡Calma tu imaginación,
que esos temores que expresas
tan sólo recelos son
del amor que me profesas !
¡Reposa, hasta que en Oriente
el sol de nuevo rutile,
y que el Partal con su gente
estos contornos vigile,
que aun antes que los luceros
se extingan, verás entrar
mis bravos arcabuceros
a guarnecer el lugar !...
¡No pases por mí cuidados
y a dormir tranquilo ve !

HABA. *(Queriendo oponerse.)*
¿Y tu alcázar sin soldados
esta noche dejaré?...

AB.-HU. *(Con imperio.)* ¡Parte tranquilo de aquí !...
¡De tus temores me río,
Habaquí, porque confío
en Dios... y después en mí !
(El Habaquí se inclina y sale por la derecha.)

ESCENA III

Dichos, menos *el Habaquí.*

AB.-HU. *(Pensativo, viendo alejarse al Habaquí.)*
¡Cuando estaba más contento
vuelve mi dicha a turbar
un vago presentimiento,
y algo inexorable siento
que está próximo a llegar! *(Pequeña pausa.)*
¡Tiene el Habaquí razón;
en esta dura campaña,
más enemigos que España
nuestras mismas gentes son!
¡Nadie cumple su deber,
y aun antes que a los cristianos,
a nuestros propios hermanos
tendremos que someter!
(Volviéndose a las esclavas.)
¡Avivad el pebetero;
matad las luces, que quiero
retirarme a descansar,
si descanso puede hallar
la incertidumbre en que muero!
(Las esclavas cumplen las órdenes.)

ZAHA. ¡Ya está la luz apagada!

ZORA. *(Insinuante.)* ¿Nada anhela vuestro amor
de nosotras?

AB.-HU. *(Señalándoles la puerta de la derecha.)*
¡Idos, nada! *(Desaparece por el arco del alhami.)*

ZORA. *(Al salir.)* ¡Que el cielo os guarde, señor!
(Se inclinan profundamente y salen. Sólo Zahara permanece en el ángulo, inmóvil, como confundida en la sombra.)

ESCENA IV

Zahara.

(Al salir Aben-Humeya, Zahara le sigue ansiosamente con los ojos, como si quisiera decirle algo, pero al ver que él desaparece sin mirarla, queda inmóvil, y sobre la ansiedad de su rostro pone su máscara el rencor.)
¡ Ni siquiera una mirada
al salir !... ¡ Ni una siquiera !...
(Baja un instante la cabeza en el anonadamiento de su esperanza. Después se yergue amenazante.)
¡ Su muerte está decretada !...
(Silencio angustioso. Después se agita en un ademán de protesta. Con voz que parece escapada del fondo de sus entrañas.)
¡ Pero no quiero que muera !
(Avanza resuelta, como arrastrada por una fuerza oculta, superior a su voluntad, hasta el alhamí.)
¡ Voy a salvarle !
(Con voz sorda, cerca del arco.) ¡ Señor !
(Retrocede de nuevo, sintiendo renacer en su alma todo el rencor oculto de sus celos. Como si se increpase a sí misma.) Mas, ¿qué le vas a decir,
si, aunque le salve tu amor,
tus celos le harán morir?
(Como si en su interior luchasen desesperadamente las más encontradas pasiones. Poniéndose las manos en la boca, cual si quisiera ahogar en sus palabras sus propios sentimientos.)
¡ Alma, tu piedad sofoca !...
¡ Celos, dadme vuestra ayuda,
y haced que se torne muda,
para la piedad, mi boca !
(Golpeándose violentamente el pecho.)
¡ Corazón, calla tu mengua !...
¡ Para obligarte a callar,
yo misma voy a cortar
entre mis dientes tu lengua !

(Pequeña pausa. Se dirige lentamente hacia el mirador.) ¡Aun en la blanca cimera
del Almirez no se advierte
el resplandor de la hoguera
que me anunciará su muerte!
(Estremeciéndose, como si cada latido del corazón fuese un siglo de inquietud.)
¿No vendrán?... ¡Ay! ¿Por qué tardas
hoguera, tanto en arder?
(En un arranque de desesperada ansiedad.)
¡Quién te pudiera encender!...
(Cayendo de bruces sobre el mirador, como si su corazón estallase en sollozos.)
¡Pero no!... ¡Pero no ardas,
que arder no te quiero ver!...
(Se queda un momento sollozando. De súbito se levanta, queriendo sofocar su ternura con el recuerdo de la rival odiada.)
¡Mas en vano el tiempo pierdo
de loca esperanza en pos,
que la sombra de un recuerdo
se interpone entre los dos!
(Como si a la evocación de la ausente despertase en su corazón, de nuevo, más hambrientos que nunca, todos sus recuerdos.)
¡Venganza!... ¡No triunfará
de mi amor doña Isabel!
¡Que muera!...
(Se yergue en un gesto terrible de amenaza.)
¡Sí, morirá,
aunque yo muera con él!...
(Cae de nuevo en un sollozo desesperado.)
¡Ojos que sólo soñasteis
para sus ojos vivir;
pobres ojos que mirasteis
bajo sus plantas morir
vuestra postrera esperanza,
y que aun lloráis sus desvíos!...
¡Decid, decid, ojos míos,
si no es justa mi venganza!
(Como si un rayo de esperanza iluminase de pronto las tinieblas de su desesperación.)

Mas, ¡si él la diese al olvido,
y otra vez a mí volviera
más amante y más rendido!...
(Resuelta a salvarle.)
¡No quiero, Señor, que muera!...
¡Mas olvidar su traición
tampoco, cielos, podré!...
(La duda la estremece en una convulsión inaudita.) ¿Qué voy a hacer? ¡No lo sé!...
¡Dímelo tú, corazón *(Desesperadamente.)*
que sangras por doble herida!...
¡Corazón! ¿Quién es más fuerte,
el amor, que grita: ¡Vida!
o el odio, que ruge: ¡Muerte!
(Cae de nuevo sollozando. Después se serena un poco y avanza resuelta hacia el alhamí. Tiende la mano para alzar el tapiz, pero se detiene temblando, como espantada de sí misma.)
¡Y yo he podido forjar,
sin estallar de dolor,
la infamia que ha de acabar
con la vida de mi amor!...
yo que, de amor encendida,
por verle dichoso diera
toda mi sangre y mi vida!...
¡Y cien vidas si tuviera!
(Queda un momento sollozando en silencio, apoyada en el umbral de la puerta de la izquierda, medio oculto por el tapiz que la cubre.)

ESCENA V

Dicha y *Aben-Humeya.* (Este aparece por el arco del alhamí, como perseguido por los fantasmas de sus propios pensamientos.)

AB.-HU. ¡Qué terrible pesadilla
hirió mi imaginación!...
¡La frialdad de una cuchilla
traspasa mi corazón!...
¡Qué vida, Señor, qué vida!...

¡Estoy despierto, y aún siento
como un dolor sordo y lento
en el lugar de la herida!
¡Ay, siempre en el sueño ves,
corazón, tu triste suerte,
que no en vano el sueño es
el espejo de la muerte!
Nunca el destino abandona
lo que en sus garras apresa;
ni aun en sueños nos perdona...
¡Cuánto pesa una corona!...
¡Señor, Señor, cuánto pesa!
(Va hacia el ajimez y queda un instante contemplando la noche.) Noche magnífica y clara,
¿qué guardarán para mí
las estrellas?...
(Zahara se le acerca. Aben-Humeya se vuelve sobresaltado.) ¿Quién va ahí?

ZAHA. *(Con humildad, acercándosele.)*
Tu sierva, señor...

AB.-HU. *(Tranquilizándose.)* ¡Zahara!
¿Qué te ha impedido marchar
con las otras? Di...

ZAHA. *(Con timidez.)* Mi amor,
que se queda a vigilar
el sueño de su señor.

AB.-HU. *(Contemplando con ternura y tristeza al mismo tiempo.)* Tú siempre me has sido fiel.

ZAHA. ¡Porque el amor me encadena,
y, en amando, hasta la hiena
se torna menos cruel!

AB.-HU. *(Contemplándola con piedad.)*
Mas yo, en pago, he desgarrado
tu corazón, sin sentir
que estaba de amor colmado...

ZAHA. Y ¿quién recuerda el pasado
si piensa en el porvenir?

AB.-HU. ¡Qué mal el alma custodia
su afecto, y qué mal derrama
el cariño que la inflama!...
¡Amamos a quien nos odia
y odiamos a quien nos ama!

¡Y en tanto que el alma, ciega,
su propio dolor prefiere,
la muerte en silencio llega
y por la espalda nos hiere!

ZAHA. ¡Qué tristes cosas me dices!

AB.-HU. *(Dejando escapar sus recelos.)*
¡Quimeras y augurios son
que en mi regio corazón
echaron hondas raíces!
(Con misterio, como respondiendo a una idea fija.)
¿Recuerdas lo que me dijo
aquella pobre mujer
a quien dieron de comer
el corazón de su hijo?

ZAHA. *(Queriendo animarlo.)* Sus anatemas olvida...
¿Quién hace caso a la loca?

AB.-HU. ¡Pues envenenó mi vida
la maldición de su boca!
Y en esta noche, Zahara,
me agito y tiemblo encogido,
cual si una voz murmurara
sus palabras a mi oído:
«Por tus infames acciones,
será inflexible tu estrella!...
¡Morirás, Aben-Humeya,
a manos de tus sayones!...»
¡Y algo dice al corazón,
ya cansado de sufrir,
que pronto se va a cumplir,
tan horrible predicción!
¡Porque hoy mi destino traza,
en su curso indefinido,
la estrella que siempre ha sido
la enemiga de mi raza!...

ZAHA. *(Animándole.)* Vencerás, Aben-Humeya.
Tan sólo la voz escucha
de tu valor...

AB.-HU. *(Como agobiado por el peso de la fatalidad de su raza.)* Mas, ¿quién lucha
contra el rigor de su estrella?
¡Es blasfemo desatino
oponerse a su rigor,

que luchar contra el Destino
es luchar contra el Señor !
(Pequeña pausa. Como siguiendo a sus propios pensamientos.) Viendo mi raza oprimida
bajo los hierros cristianos,
soñé, a costa de mi vida,
libertar a mis hermanos,
sobrepujando la hazaña
de aquellos bravos guerreros
que dominaron a España
con sus triunfantes aceros,
imponiendo en el planeta
a emperadores y a reyes,
con las leyes del Profeta,
el imperio de sus leyes...
¿Qué resta de ese esplendor?
Unos cuantos salteadores
que me llaman su señor,
mientras afilan, traidor,
en las sombras, su puñal ;
una corona irrisoria,
de espinas, para mi gloria,
y, en vez de cetro real,
mísera caña en mi mano...
Sólo me falta tener
también mi cruz, para ser
el Ecce-Homo cristiano !...

ESCENA VI

Dichos y *El Partal,* que penetra por la derecha.

PART. ¡ Señor, señor !, perdonad
si aquí vengo... *(Aben-Humeya se vuelve, sobresaltado.)*
AB.-HU. *(Recobrándose.)* ¡ Te creí
de ronda, Partal !...
PART. *(Avanzando.)* Aquí
me conduce mi lealtad.
AB.-HU. Y tu lealtad, ¿qué desea?
PART. ¡ Mis gentes han encontrado
desangrándose a un soldado

en la rambla de Alcolea!
Al momento de expirar
dijo que era portador
de una orden tuya, señor...

AB.-HU. ¿Y la orden?

PART. Al cruzar
por la rambla, le asaltaron
los traidores, y el papel
de las manos le arrancaron...
¡y la existencia con él!

AB.-HU. ¿Y quién pudo haber osado?

PART. Algo debió sospechar
y a decir iba el soldado...
Sólo pudo murmurar,
haciendo un esfuerzo rudo:
—Dile a Aben-Humeya que
se guarde y defienda de...—
¡Y el nombre decir no pudo!
¡Me miró con ansia loca,
y el labio cárdeno abrió
para seguir... y expiró
con la palabra en su boca!

AB.-HU. ¿Y no sospechas?

PART. ¡Señor,
si de alguien yo sospechara,
ante tus ojos sangrara
la cabeza del traidor!
(Zahara, intranquila, luchando entre los más encontrados deseos, va y viene al mirador, observa desde él y atiende a las palabras de Partal.

AB.-HU. ¿En dónde tienes tus gentes?

PART. Acampan en el Fondón.

AB.-HU. ¿Y son muchos?...

PART. ¡Pocos son,
pero son los suficientes!
¡Cada uno de esos buenos
y curtidos veteranos
vale por veinte cristianos
y diez turcos, por lo menos!

AB.-HU. ¡Toma diez de los mejores,
y ve a los alrededores
del suceso, a averiguar,

y si das con los traidores,
haz un castigo ejemplar!

PART. Además, señor, venía
para decirte que fuera,
en ese patio, te espera
y quiere hablarte un espía.
Llega del campo cristiano
con pliegos de tal valor,
que sólo puede, señor,
entregarlos a tu mano.

AB.-HU. *(Inquieto y desconfiado.)* ¿Tú le conoces, Partal?

PART. No abrigues, señor, temores...
¡Es el Gorri, el más leal
de todos tus servidores!

AB.-HU. *(A Partal.)* Cumple mi mandato, y luego
torna, Partal, a avisarme...
(Al salir por la derecha.)
¿Qué sorpresa irá a brindarme
el destino en ese pliego?...

ESCENA VII

Zahara y *El Partal.*

ZAHA. *(Mirando ansiosamente por el ajimez y ahogando un grito.)* ¡Ya, en la cumbre de aquel monte,
el resplandor de la hoguera
enrojece el horizonte!...
¡Lo salvaré! *(Con energía indomable.)*
(Se dirige al Partal, en el momento que éste se dispone a partir.)

PART. *(Deteniéndose.)* ¿Qué hay?...

ZAHA. *(En voz baja.)* ¡Espera!

ZAHA. ¿A tu señor eres fiel?

PART. Me ofendes al preguntar...

ZAHA. ¿Su vida quieres salvar?

PART. ¡Mi sangre diera por él!...
¿Mas qué ocurre?

ZAHA. ¿Ves aquella
pira en el monte encendida?...
¡Ella anuncia que la vida
va a perder Aben-Humeya!...

PART. *(Espantado.)* ¿Qué dices?
ZAHA. Lo que has oído;
¡pues para su perdición
sus puñales han unido
los celos y la traición!...
¡No hay que perder tiempo en vano
si le queremos salvar,
que el peligro está cercano
y está indefenso el lugar!
PART. Mas, ¿quién tal crimen fraguó?
ZAHA. ¡Lo más bajo y lo más vil!...
¡La envidia de Aben-Aboó
y los celos de Alguacil!
(Enpujándole hacia la puerta.)
¡Pronto, pronto, corre, vuela
por entre esos olivares;
hunda en tu potro la espuela
hasta rasgar sus ijares!...
Por tu gente al Fondón ve,
y torna presto...
PART. *(Saliendo.)* Me voy...
¡Y te juro por quien soy
que su vida salvaré!

ESCENA VIII

Zahara, viendo desaparecer a *El Partal.*

ZAHA. ¡Cielos, salvadle!...
(Como acometida de una súbita esperanza.)
¡Si yo
a confesárselo todo
me atreviese!...
(Cayendo de nuevo en un profundo abatimiento.)
¡Mas, no hay modo
de confesárselo!... ¡no!...
que, de mi infamia espantado,
mi aviso despreciaría...
(Tendiendo los brazos al cielo, en un arranque desesperado de dolor.) ¡Si el destino despiadado,
en su furor sólo ansía
un corazón donde hundir

su acero cortante y frío !...
¡ Aquí está, Señor, el mío,
por él dispuesto a morir !

ESCENA IX

Dicha y *Aben-Humeya,* que entra con un pliego en la mano.

AB.-HU. *(Contemplando el pliego.)* ¡ Temo leerlo ! Adivin
algún peligro cercano...
¡ Parece que mi destino
está temblando en mi mano !
(Viendo a Zahara.) Acerca una antorcha, para
poder leerlo, Zahara.
(Zahara entra en el alhamí y regresa con una antorcha en la mano, que coloca cerca de la puerta, en el muro; Aben-Humeya le entrega el pliego.)
Rompe el nema del papel
y quien lo firma repara...
(Zahara rompe el nema del pliego y se acerca a leerlo a la luz de la antorcha. Aben-Humeya la sigue ansiosamente con la vista.)

ZAHA. *(Dando un grito inarticulado, como quien se encuentra de pronto una víbora en su camino.)*
¡ Cielos !... ¡ De doña Isabel !
(Queda con el pliego en la mano, trémula de ira, con los ojos fijos en Aben-Humeya, en una explosión de celos.)

AB.-HU. *(Al oír el nombre, se acerca ansiosamente; pero después, viendo la actitud de Zahara, refrena su impaciencia, comprendiendo por vez primera todo el dolor y la angustia de aquella existencia devorada por los celos, y un sentimiento de piedad florece súbitamente en su corazón.)*
¿ Qué puede importarte a ti?...
¡ Dame el pliego sin temor,
que aunque viva para mí
ha muerto para mi amor !...
(Zahara se estremece de emoción. Desdobla el pliego y se lo da a Aben-Humeya para que lo lea. Leyendo.) «¡ Como mi honor y mi vida
salvasteis, señor, hoy quiero

honor y vida salvaros,
y así pagar lo que debo,
que las que son bien nacidas
pagan con creces sus débitos!
Según las revelaciones
que, al convertirse de nuevo
en la santa fe de Cristo,
un viejo morisco ha hecho,
esta noche, don Fernando,
vuestra vida corre riesgos,
que Aben-Aboó, vuestro primo,
y los turcos, convinieron,
en Mecina, daros muerte
para quitaros el reino...
¡Y ojalá que a vuestras manos
esta carta llegue a tiempo!
¡No esperéis ningún socorro,
porque todo vuestro ejército
causa común con los turcos,
para vuestro mal, han hecho!...
¡En Laujar estais cercado,
y, si no rompéis el cerco,
os cautivarán los míos
o muerte os darán los vuestros!...
Cuando estas líneas leáis,
sin vacilar un momento
al campo cristiano huid...
¡Para que podáis hacerlo,
el perdón del rey Felipe
os mando con este pliego!...»

ZAHA. *(No pudiendo resistir más su emoción.)*
¡No dudes! ¡Huye de aquí!...
¡Escapa al campo cristiano!...

AB.-HU. ¿Tú me lo aconsejas?

ZAHA. ¡Sí!

AB.-HU. ¡Pues me aconsejas en vano!

ZAHA. *(Insiste.)* ¡Huye, señor! ¡Te amenaza
la muerte!

AB.-HU. ¡Jamás huyeron
los varones de mi raza,
que combatiendo cayeron
en su glorioso abandono

contra su suerte menguada,
defendiendo con su espada,
más que su vida, su trono !...

ZAHA. *(Queriéndole arrastrar fuera.)*
¡ Vendrán a buscarte ! ¡ Huyamos !...
¡ Sé de un oculto camino !...

AB.-HU. *(Rechazándola.)* ¿A qué?... ¡ Por donde vayamos
allí irá nuestro destino !...
(Señalando el pliego.) ¿Ves, Zahara, este papel?
Es el pliego del perdón...
(Lo rasga y arroja los pedazos por el ajimez.)
¡ Pues también rompo con él,
Zahara, mi salvación !

ZAHA. *(Sin poder contenerse.)*
¿Qué has hecho, señor, qué has hecho?

AB.-HU. ¡ Desafiar a la suerte !...
¡ Si quiere herirme la muerte,
tendrá que hacerlo en el pecho !...
(Vacilando de pronto, como si se avergonzase de dar crédito a la infamia.) ¡ No puedo creer que sea
realidad tan vil traición,
aunque dice que lo crea
la voz de mi corazón !

ZAHA. *(Ansiosa por descubrir su secreto.)*
¡ A tu corazón da fe,
y huye !...

AB.-HU. *(Extrañado del tono de certidumbre de Zahara.)*
¿Tú lo sabes?

ZAHA. *(Duda un momento. Después se yergue con energía.)* ¡ Sí !

AB.-HU. Mas, ¿cómo?

ZAHA. *(Espantada de sus palabras y temerosa de su trascendencia.)* ¿Cómo? ¡ Ay de mí !
(Decidiéndose.) ¡ Yo tan solamente sé
que antes que amanezca el día,
si no huyes, morirás !
(Señalando la puerta de la izquierda.)
¡ Huyamos, señor !

AB.-HU. ¡ Jamás,
que huir fuera cobardía !
¡ Yo sabré imponer mi ley
a esa chusma amotinada,

y si caigo en la jornada,
verán cómo muere un rey!

ZAHA. *(Insistiendo, anhelante.)* ¡De tu destino fatal,
huye, señor, en seguida!...
¡Las banderas del Partal
protegerán nuestra huida!
¡Monta presto en tu corcel,
esa sierra atravesemos,
y en la costa embarcaremos
para Tetuán o Argel!...

AB.-HU. ¡Si mi corona ambiciona
no ha de triunfar su vileza,
que por salvar la cabeza
no perderé la corona!
(Volviéndose a Zahara, como si una idea repentina le inquietase.) Mas, ¿tu afán, cómo llegó
esa infamia a conocer?

ZAHA. *(Sin poder reprimir la explosión de su sinceridad.)* ¡Cómo no lo he de saber,
si la infamia forjé yo!...

AB.-HU. ¿Tú?

ZAHA. *(Desbordante de sinceridad.)*
El puñal les entregué,
y, en mi celoso despecho,
señalándoles tu pecho,
—¡Hundidlo en él—les grité.
¡Para dar muerte al león
yo les señalé el cubil!...

AB.-HU. *(Horrorizado.)* ¿Capaz tú de tal acción?

ZAHA. No fuí yo; ¡mi corazón!...
¡Arráncamelo por vil!

AB.-HU. *(En un ímpetu de fiereza.)*
¡Oh, sí, te lo arrancaré
con estas manos, y cuando
las turbas vengan aullando
de furor, les mostraré
tus sanguinantes despojos,
como presa de la fiera...
para que miren sus ojos
la suerte que les espera!
(Se arroja sobre ella. Zahara cae de rodillas lu-

chando desesperadamente, más que por salvar su vida, por salvar la de él.)
¡ No tendré piedad de ti !

ZAHA. ¡ Arrástrame del cabello !...
¡ Ahoga en tus manos mi cuello,
pero huye, señor, de aquí !...
(Se escucha un rumor de voces cercanas. Los dos se quedan inmóviles. Zahara se escapa de las manos de Aben-Humeya y le señala de nuevo la puerta de la izquierda.)
¡ Huye, señor !... ¿No oyes esa
ronca y sorda gritería?
¡ Es que aulla la jauría
al olfatear su presa !...

AB.-HU. *(Dándose cuenta de su situación y dirigiéndose al ajimez.)* ¡ Mis guardias !

ZAHA. *(Siguiéndole.)* ¡ Todos están
en el Fondón acampados
y antes que tornen, caerán
aquí los amotinados !...
(Mirando desde el ajimez.)
¡ Ya han penetrado en la plaza !...

VOCES. *(Fuera.)* ¡ Muera Aben-Humeya !... ¡ Muera !

ZAHA. ¡ Ve la suerte que te espera
si consiguen darte caza !...
¡ Huye, señor !...

AB.-HU. *(Desafiante.)* ¡ No sé huir !...
¡ Cumpla el destino su ley,
que el que vivió como rey,
como rey sabrá morir !...

VOCES. *(Más cercanas.)*
¡ Muera Aben-Humeya !... ¡ Muera !
(Zahara le indica la puerta de la izquierda.)

AB.-HU. *(Con firmeza.)* Aquí les esperaré...

ZAHA. *(Como si una esperanza la iluminara de súbito.)*
¡ Aunque tu orgullo no quiera,
yo tu vida salvaré !...
(Corre a la puerta de la derecha, y antes que Aben-Humeya tenga tiempo de impedírselo, la cierra.)

AB.-HU. ¿Qué has hecho?

ZAHA. *(Con alegría.)* ¡Te salvé al fin!...
(Empujándole hacia la puerta de la izquierda.)
¡Yo detendré su furor,
en tanto que tú, señor,
escapas por el jardín!
(Empujándole.) ¡Huye!...
(Aben-Humeya la rechaza.)

VOCES. *(En la puerta de la derecha.)*
¡Que muera el traidor!...

ALGUA. *(Fuera.)* ¡Echad abajo la puerta!...
(Empujan la puerta. Aben-Humeya se yergue y se dirige a abrir. Zahara se le interpone, abrazándose a sus rodillas. Aben-Humeya se desprende de ella con violencia, arrojándola al pie de un diván.)

AB.-HU. *(Abriendo la puerta.)*
¡No es preciso!... ¡Ya está abierta!
y aquí está vuestro señor!
(Se queda inmóvil delante de la puerta, con los brazos cruzados, retándoles con el gesto y la mirada.)

ESCENA X

Dichos, Ben-Alguacil, Huezín, Aben-Abóo y *soldados, moros* y *turcos*. Penetran con las armas desnudas para acometer a Aben-Humeya.

ALGUA. ¡Por fin has venido a dar,
traidor, en tus propios lazos!
(Van a acometerle. Zahara se alza y de un salto se interpone, cubriendo con su cuerpo a Aben-Humeya.)

ZAHA. ¡Atrás!... ¡Antes que pasar
tendréis que hacerme pedazos!

ABOO. ¡Paso franco, miserable!

ZAHA. ¡No, no pasaréis de aquí!...
¡Yo soy de todo culpable!...
¡Quitadme la vida a mí!...
(Aben-Abóo la empuja violentamente y pasa. Tras él, Alguacil, Huezín y *Soldados. Aben-Humeya se prepara a defenderse con su espada.)*

ABOO *(A los soldados.)* Vigilad toda salida...

ZAHA. *(Queriendo interponerse. Todos la rechazan.)*
¡Compadeced su abandono!
ALGUA. ¡Arrojémosle del trono
y quitémosle la vida!
AB.-HU. *(Disponiéndose a acuchillarlos.)*
¿Quién quiere mi vida?
ALGUA. *(Arremetiéndole.)* ¡Yo!
AB.-HU. ¡Pues luchando la obtendrás!...
(Mientras lucha con el Alguacil y los Soldados, Aben-Abóo le hiere por el costado.)
ABOO. *(Hiriéndole.)* ¡Muere!
AB.-HU. *(Próximo a desplomarse.)* ¡Cobardes!...
ZAHA. *(Saltando como una fiera y amparando el cuerpo de Aben-Humeya.)* ¡Atrás!
AB.-HU. *(Cayendo en brazos de Zahara, cerca del diván, con los ojos vueltos a Aben-Abóo.)*
¡A traición, Aben-Abóo,
como matas, morirás!...
ZAHA. *(Como loca, abrazándose al cuerpo de Aben-Humeya.)*
¿Qué habéis hecho?... ¿Qué habéis hecho?...
(Se inclina y besa el cadáver. Después se vuelve fieramente a los conjurados.)
¡Temblad, traidores, temblad,
que el puñal que hirió su pecho
mató nuestra libertad!
ALGUA. El tirano ya expiró...
¡Viva, viva, granadinos,
vuestro rey Aben-Abóo!
(Los soldados aclaman y rodean a Aben-Abóo. Alguacil y algunos soldados intentan arrojarse sobre Aben-Humeya.)
ZAHA. *(Alzándose amenazadora.)*
¡Atrás!... ¡Atrás, asesinos!...
¿Su corona ensangrentada
queréis?... ¡Pues, venid por ella,
mas la gloria de Granada
murió con Aben-Humeya!
(Cae sollozando sobre el cadáver mientras los capitanes ondean sus banderas en torno de Aben-Abóo.)

TELÓN LENTO

LEA V.D.

La Novela Famosa
Quincenal: 1 peseta

LOS JUEVES
EL CUENTO AZUL
40 CTS.
ROCAMBOLE
50 CTS.
LOS VIERNES
EL TEATRO
MODERNO 50 CTS.
LOS SÁBADOS
AVENTURAS
50 CTS.
La Novela Sugestiva
50 CTS.
LOS DOMINGOS
El Sheriff
30 CTS.

NOVELAS EMOCIONANTES
Ejemplar: 2 pesetas

Solicite catálogo